

UACM

**Universidad Autónoma
de la Ciudad de México**

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

¿Existe una picaresca contemporánea? Análisis comparativo entre

“Jorge Espadas” de Carlos Wenceslao Torres Zúñiga

y las novelas picarescas del Siglo de Oro

TRABAJO RECEPCIONAL

PARA OBTENER EL TÍTULO DE LICENCIADO EN

CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA:

C. Carlos Wenceslao Torres Zúñiga

Directora del trabajo recepcional

Dra. Luisa Adriana González Mateos

México, D.F. Agosto 2013.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Agradecimientos

Quiero agradecerle, no solamente por este trabajo sino por todo, a mi jefe, mi pá; el que aguantó mis borracheras, mi edad de la punzada; mi único cómplice cuando todos decían que yo era una mala inversión.

También quiero agradecerle a mi mamá, mi fan número uno, aun cuando todo apunta a que escribo pésimo; la que nunca pierde la fe en mí.

A mis carnales. Mil gracias a toda la familia Zúñiga, son la neta del planeta.

Infinitas gracias a todos mis profesores de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, al profesor Hugo Hiriart, a Óscar Vélez, Rosina Conde, Karla Montalvo, Adriana Jiménez, Tere Dey, Carmen Ros, y espero que no se me olvide nadie... por su puesto a la consentida: Adriana González Mateos, su sonrisa en el salón de clase, valía cualquier desvelada y frustración en mi casa haciendo los trabajos que pedía.

El Joako, el mejor difusor cultural, merece una mención especial.

Mil gracias también a mis profesores Araceli Hernández Zamudio y Alejandro Oliva Estrella, gracias a ellos intento hacer con amor todo lo que hago, y levantarme rápido después de cada caída.

Gracias a todos los que fueron compañeros y cómplices de este trabajo y mi paso por la UACM: Al Pelón-jotolón: Adal, a su domadora, a todos mis amigos. Y un especial agradecimiento al Pável y al Neto, nomás porque sé que les va a incomodar que les dé las gracias.

Introducción

El objetivo de este trabajo es sustentar que mi novela *Jorge Espadas*, (trabajo creativo que presento para titulación), es una parodia del género picaresco.

Para este estudio sólo me concentraré en cuatro obras ubicadas en la España de finales del siglo XVI y principios del XVII, del llamado Siglo de Oro: *El Lazarillo de Tormes* (autor anónimo), *Vida del buscón don Pablos* (Francisco de Quevedo), “Rinconete y Cortadillo” que forma parte de las *Novelas ejemplares*, y “El retablo de las maravillas” que pertenece a los *Entremeses* (cabe mencionar que este texto en realidad es una obra de teatro, pero su temática es adecuada para este trabajo); las dos últimas son obras de Cervantes.

Linda Hutcheon en su artículo *La política de la parodia postmoderna*, dice que la parodia también es llamada cita irónica, pastiche, apropiación, o intertextualidad, en esta última idea coincide con Helena Beristáin, quien asegura que la parodia es de naturaleza intertextual.

Entonces me apropiaré del concepto de intertextualidad y su función en la literatura, para fortalecer mi idea de parodia picaresca en mi novela.

Mostraré que mi novela puede equipararse, en cuanto a recursos, con las obras picarescas que tomo de referencia; y al ser una acción intertextual, es inevitable mostrar también los puntos donde se excluirían de las teorías de distintos autores que estudian el género picaresco como corriente literaria (la mención de esos autores y sus textos de estudio las haré en el siguiente párrafo).

Además de las obras que señalé anteriormente; en cuestión de análisis de la novela picaresca como género y sus características, o la función que

tuvieron en la España de aquella época, me basaré en textos especializados como *La novela picaresca* de Didier Soullier, o *La mala vida en la España de Felipe IV* de José Deleito y Piñuela, entre otros.

Me parece importante aclarar que este trabajo no pretende ser un análisis de las obras picarescas más representativas o las que decidí abordar. A pesar de justificar mi parodia del género picaresco por distintas cuestiones, también mostraré que una “novela picaresca contemporánea”, como la que entrego, debe tener variantes en el estilo, tono, y otros recursos narrativos que la simple disparidad de contexto histórico implica. Así, al no ser un análisis de obras picarescas, haré mención de los recursos literarios que me sirvieron de las mismas, pero también de mis nuevas propuestas que en primera instancia quebrantan características de dicho género; mi trabajo será justificar esas propuestas. “La lectura del poeta/crítico implica una transferencia al establecerse una relación de rivalidad similar a la de hijo versus padre” (Bloom, ctd en Araújo y Delgado 479).

Lo más significativo para mí en las novelas picarescas que mencioné como referentes, es la importancia que tuvieron evidenciando la sociedad de su época, además de que la criticaban con sarcasmos, ironías o absurdos que hacen más ridículo el objeto de crítica, que, en este caso, es la España del Siglo de Oro. Es por ello que me atrevo a asegurar que mi novela *Jorge Espadas* se adecua perfectamente a este género literario, porque los distintos lugares donde ocurre la historia sirven de testimonio de mi época y espacio sociocultural; es decir que el objetivo principal de mi novela fue mostrar la ciudad donde nací, crecí y he vivido siempre (aunque también algunos Estados de la República Mexicana son importantes para el desarrollo del texto), y con base en ello, criticar desde mi punto de vista las circunstancias absurdas e injustas con las que interactuamos a diario.

Para mí, mostrar la ciudad significa retratar los contrastes sociales que hay en un barrio como la Merced o la colonia Argentina con respecto a colonias ubicadas en el sur de la ciudad, donde las viviendas son distintas, o la misma suciedad en las calles parece un reflejo de la comunidad; y con base en ello también retratar los distintos personajes que suelen moverse entre unos barrios y otros.

Varios aspectos formales de la picaresca llamaron mi atención, al grado de intentar que mi novela fuera parecida en cuanto al manejo de recursos, como la ironía y el sarcasmo que un narrador en primera persona hace lucir como ningún otro; además, los escenarios de mi relato me parecen igual de violentos que los de las novelas picarescas españolas que en un principio mencioné, esa, desafortunadamente, es una temática que está al alcance de todos y todo mundo puede hablar de violencia en distintos matices; yo decidí hacerlo mostrando a dos aventureros intentado sobrevivir gracias a sus picardías, en una ciudad que no se preocupa en lo más mínimo por dos tipos como ellos; es por eso que los personajes pícaros también serán motivo de comparación.

Una de las cosas que quiero resaltar al final de este trabajo, es la diversión que significó escribir una obra con tono de picaresca, que desde mi punto de vista, es lo mejor logrado en mi novela. Pretendí hacer un relato divertido y crítico de mi entorno, sin evidenciar a primera vista mis posturas políticas o sociales; es por eso que una parodia de novela picaresca fue mi mejor herramienta para retratar mi sociedad sin hacer una denuncia formal, sino más bien mostrar la realidad de un par de chicos (pícaros) que se las arreglan para vivir en un mundo que no debería existir y, sin embargo es la realidad de muchas más personas.

I.- Contexto de la Novela Picaresca

Para comprender qué es la novela picaresca, lo primero será mostrar el contexto histórico de España en los años en que se publicaron las novelas que escogí como objeto central de comparación, o el punto de partida para este trabajo: *El Lazarillo de Tormes* se publicó por primera vez en 1554; “*Rinconete y Cortadillo*” forma parte de las *Novelas ejemplares*, y se publicó en 1613; “*El retablo de las maravillas*” forma parte de los *Entremeses*, publicados en 1615; *Vida del buscón don Pablos* se publicó en 1626. Entonces nos concentraremos en la segunda mitad del siglo XVI y la primera mitad del siglo XVII.

Aquella transición del renacimiento (siglo XVI) al barroco (siglo XVII) es conocida como el Siglo de Oro, este periodo ha sido considerado la cumbre de las letras españolas.

El Siglo de Oro se ubica en la última etapa del reinado de Felipe II (1556-1598), siguió con el de Felipe III (1598-1621) y finalizó con el de Felipe IV (1621-1665).

Justo durante esos dos siglos, España concentró su atención fuera de ese país, es decir: se dedicó a la explotación del Nuevo Mundo, descubierto en 1492; las empresas ultramarinas y las guerras en toda Europa también acapararon sus intereses. Esa situación mostraba a una España muy productiva: las riquezas que importaba de América, los negocios internacionales, y la potencia militar que significaba, hacían suponer que estaba llena de abundancia.

La cultura en la España del siglo XVI se caracteriza, entre otras cosas, por su obsesión por la pureza de sangre. Las comunidades judía y musulmana

conformaban clases sociales que no pertenecían a la nobleza pero tampoco a la clase obrera o de campesinos, se les consideraba una burguesía; en España gozaban de un excelente posicionamiento, contaban con la décima parte de la población total de ese territorio, destacaban por su riqueza y por ende su poderío social; pero el *Edicto de Granada*, ordenado por los Reyes Católicos el 31 de marzo de 1492, significaría su expulsión del territorio español.

Ser judío o musulmán representaba un peligro en esa cultura, entonces comienzan las conversiones (cambios de religión hacia el catolicismo) a manera de remedio social, para no ser señalados. A partir de ahí a los musulmanes convertidos al catolicismo los llamarían moriscos o “cristianos nuevos” y a los judíos se les conocería como “marranos”; esa palabra no se refiere en primera instancia al animal, sino a la etimología “mar” y “anus” que en hebreo significa “amargo” y “forzado” respectivamente; pero también es sinónimo de la comida que está prohibida en las religiones judía y musulmana: el cerdo; entonces para demostrar la pureza de sangre se les obligaba a ingerir esa carne y así desobedecer un principio básico de su religión.

A partir de 1525, aproximadamente, esta burguesía desaparecerá, víctima del rechazo general del judeo-cristianismo y de la presión de los estatutos de pureza de la sangre [...] constituida por unas 50,000 a 100,000 personas, no pudo desarrollarse [...] Las expulsiones, las conversiones forzadas, las exclusiones y las hogueras de la inquisición (que confiscaban los bienes de sus víctimas) la aniquilaron por completo (Soullier 20).

Como los judíos y moriscos comenzaban a destacar cada vez más y se sabía de las conversiones, en España se creyó que debía acabarse con la élite económica, política y cultural que esta burguesía no católica

representaba; es ahí donde fueron muy comunes las probanzas, que “[...] son como encuestas sobre el linaje, reforzando así la existencia de los “antiguos cristianos” por oposición a los “nuevos cristianos” (Soullier 23).

Es entonces que España, sin prever la magnitud de las consecuencias, pero sí con la claridad de que terminarían con un sector de mucha movilidad económica, intentaría acabar con la población que significaba dinero y prosperidad. Fue una manera de negarse a formar parte de la modernidad que inundaba a toda Europa.

La escasez de empleos y los conflictos que trajo consigo la expulsión de los judíos y moriscos del territorio español agravaron el problema de despoblación, las personas se vieron en la necesidad de irse de España; fue así como los campos y talleres pronto se vieron sin trabajadores; era tal la persecución, que esos empleos levantaban suspicacias contra cualquiera, sólo era bien visto el modo de vida de la nobleza, y esta clase social no aprobaba ese tipo de trabajos.

A finales del siglo XVI y durante todo el siglo XVII, la cerrazón de España a prácticas económicas no bien vistas, como los préstamos de los judíos por ejemplo, sólo provocó una crisis económica que se tornó más grave por el alza de precios cuando metales preciosos procedentes de América fueron introducidos al territorio español; es necesario recordar la poca población que había, y por ende, la nula productividad en la agricultura y la industria.

Lo anterior puede explicar el desarrollo y éxito del género picaresco, pues a fin de cuentas es una forma de retratar, criticar y burlarse de esa realidad, en la que el capitalismo que invadía a toda Europa, parecía no ser siquiera una opción en esa España. Como dijimos, la modernidad de toda

Europa contrastaba con la forma obsoleta, económicamente hablando, de España. “La España de los rechazos”: así califica P. Chaunu este país que, a fines del reinado de Carlos V y sobre todo durante el reinado de Felipe II, se encierra en sí mismo, en un clima lleno de desconfianza e inmovilismo” (Soullier 25).

“El retablo de las maravillas” es un ejemplo perfecto del modo de vivir en esa España: esta obra de Cervantes cuenta cómo es que Chirinos y Chanfalla se aprovechan de los prejuicios o estatutos sociales con los que se gobernaba España, pues sólo los cristianos viejos y no conversos eran capaces de ver las maravillas que mostraba el retablo hecho por un sabio llamado Tontonelo. Aquí no podemos pasar por alto la ironía que sugiere el nombre del sabio: Tontonelo.

A pesar del poco empleo, los oficios mecánicos, a los ojos de los cristianos viejos, eran degradantes. Preferían no comer antes que hacer esos trabajos dignos sólo de moriscos, pero como lo mencionamos antes, ellos ya habían dejado España; irónica o insensatamente, la vagabundez y el ocio no era tan mal vistos como el trabajo manual.

“La vagabundez –escribe Mireya- es la antesala de la picardía. Los pícaros fueron antes vagos”. El picaresco empieza en el truhán listo, aprovechado y sin escrúpulos, y acaba en el hampón francamente delincuente. Para Chandler, el pícaro “es un término medio entre el bufón y el pirata” (Deleito y Piñuela 120).

Hasta aquí podemos hablar de una nobleza española con prioridades superfluas, pues ser partícipe de las actividades de comercio, artes mecánicas, o del campo, equivalía a renunciar a su sangre noble y cristiana. La promoción social no tenía cabida, es decir que el rango social de cada persona lo

determinaba su nacimiento; y si se corría con la fortuna de nacer en buena cuna, se evitaba todo tipo de esfuerzo para vivir, además, era imprescindible hacerlo notar, guardar apariencias.

El modelo de la nobleza constituía un modelo perfecto y universal; es por eso que la novela picaresca se entiende como una actitud contestataria y radical, pues, como premisa, el protagonista tiene por objetivo dar a conocer su innoble nacimiento y vida.

Aquí queda bien un apunte relacionado con *El Lazarillo de Tormes*: el capítulo donde el escudero que se hace cargo del personaje principal (Lázaro) en un periodo de la novela, come un trozo de pan que su criado había conseguido, es un claro ejemplo de la irresponsabilidad de la gente de nivel alto, pues el escudero ni siquiera hace lo posible (como realizar un trabajo manual) para conseguir su comida, porque como hemos dicho, eso podría atentar contra su honor.

El modo de vida de los nobles básicamente era ocioso y lujoso, la crisis no fue motivo suficiente para intentar cambiar ese tipo de vida, se respaldaban generalmente por algún patrimonio de tierras, es por ello que la renta se convirtió en su único recurso honrado y aún noble, pero eso a la larga sólo propiciaría un estancamiento económico, pues había que cobrar rentas sobradas por esas tierras.

Ya para el siglo XVII había dos clases sociales no tan diferentes: la aristocracia, empeñada en guardar apariencias mientras no generaba recursos económicos y su vida se volvía insostenible; y los pobres, incapaces de alguna evolución social por falta de empleos.

Entonces, la mendicidad tuvo un gran aumento en las ciudades y el bandolerismo hizo lo mismo en el campo; hidalgos arruinados que no querían trabajar por orgullo, campesinos agobiados por los impuestos, soldados desmovilizados, lacayos que no tenían a quién servir; todos ellos serían los nuevos pobres.

Lo anterior refleja la desilusión de aquellas esperanzas sociales que auguraba el Renacimiento; es un desmoronamiento de la dignificación humana que actividades tan básicas como el trabajo representan, porque algunos preferían la mendicidad, y otros, excusándose en su nobleza, colaboraron al mismo progreso nulo de España.

Las calles de España se llenaron de personas que jugaban a los naipes y, que sólo esperaban la hora en que a las puertas de los conventos se repartiera comida.

En ese ambiente de pobreza, hambre, y a punto de una mendicidad colectiva y excesiva, nació el género picaresco: una literatura que refleja el desorden social, y que exhibe todo tipo de adversidades para un hombre común en esa España, donde el narrador es capaz de burlarse de la vida, sin dejar de ser un crítico hacia él mismo y su entorno.

II.- Características del personaje pícaro y la comparación de éste con mi proyecto creativo

En cuanto a la literatura, en la España que describo (de la segunda mitad del siglo XVI y la primera del siglo XVII) predominaba la que enaltecía a los personajes caballerescos o nobles, como *Amadís de Gaula* (1508). Es ahí cuando surge en contrapartida, y para evidenciar esa vida insostenible, la novela picaresca, y con ella el personaje pícaro.

“En cierta forma ... el pícaro es el anticaballero errante en el marco de una epopeya de hambre en un mundo crapuloso, donde sólo se sobrevive gracias a la estafa; los vagabundeos de un Pablos o de un Guzmán constituyen el contrapunto irónico de los valientes caballeros”. (Soullier 32 y 33).

Para un pícaro una de las prioridades es comer basándose en cualquier recurso, su ingenio y movilidad son dos características que deben utilizar todos los días; los personajes de mi novela también son protagonistas de una historia de hambre y tienen que ser muy prácticos en los lugares a donde llegan para poder comer, y los lugares donde se mueven no son lujosos ni llenos de abundancia: los paraderos de microbuses, estacionamientos públicos, mercados, y otros escenarios parecidos, son los obstáculos que tienen que superar si quieren sobrevivir.

En este tipo de relato el pícaro tiene que hablar de sí mismo, a diferencia de la novela de caballería en donde se deben contar las hazañas de un hombre valiente y honorable, un pícaro, reconocido como un lastre para la sociedad, no cuenta con alguien que quiera platicar de sus aventuras, entonces el narrador típico de este género se halla en la primera persona gramatical; es por eso que las novelas picarescas tienen un final abierto, pues el protagonista

hace un recuento de su vida hasta ese momento, sin saber lo que le ofrecerá el mundo más adelante. "... la novela picaresca *nunca termina: es un libro abierto* para preservar la ficción de la autobiografía... también para demostrar que el pícaro es libre y deja incierto su final". (Soullier 86).

El final que se cuenta en mi novela no es abierto, pues tomando en cuenta que se pretende contar la vida de Jorge Espadas, el narrador acaba con la historia hasta donde él la quería contar; es decir que cumple lo que promete en un principio, sin contar de más, y tampoco dejar abierta una especulación acerca de su amigo. Es esto una variante de la novela picaresca que yo propongo.

En mi relato, el protagonista (Jorge) no es quien cuenta la historia, es su mejor amigo; aunque el narrador también es partícipe en muchas de las aventuras del protagonista, hay un momento de la historia en que se pierde su vínculo de amistad, entonces mi relato no cuenta con aquella característica del protagonista en primera persona

"... como personaje es principal en la medida en que siempre está presente; ya sea porque actúe, porque su actuación repercute o hacia él se dirige la acción, su presencia muchas veces es más palpable por su ausencia ... Un personaje principal es el hilo conductor, visible u oculto, de la historia". (Sánchez 60).

"Rinconete y Cortadillo" no es un relato autobiográfico ni está escrito en primera persona (características de una novela picaresca), es entonces que la propuesta de que *Jorge Espadas* esté escrita en tercera persona si nos concentramos en la vida de Jorge, y autobiográfica cuando el narrador también es partícipe de las aventuras, no sea un recurso totalmente innovador, pero sí me pareció más interesante, pues a fin de cuentas intenté tomar sólo

los recursos del género que me ayudaban a mi relato, y romper con los que me estorbaban en el mismo. Esta variante de mi novela fue pensada para reforzar la verosimilitud del relato; es decir que intenté que la vida que se cuenta en primera instancia, la de Jorge, no fuera manipulada por él mismo, y el hecho de que sea su mejor amigo quien la cuente, y que además también cuente sus propias andanzas alejado de Jorge, cumple con la característica del relato autobiográfico.

Pudiera abrir un debate entonces, ¿cuál es mi personaje principal en realidad? De Jorge podría pensarse que sólo me sirvió para detonar la historia, y que así, entonces mi narrador es el personaje principal, pues Jorge desaparece en un lapso de la novela y la historia no termina; pero yo sostengo que mi personaje principal es Jorge, pues es él quien sirve para evidenciar las carencias de una sociedad en compañía de mi narrador testigo, y es ese el motivo principal de la picaresca; y en cambio, las vivencias de mi narrador sin Jorge, sólo sirven para enriquecer los sucesos cómicos o trágicos, como borracheras, romances, o viajes (que al mismo tiempo cumplen con características de novelas picarescas, pero no es el motivo de más relevancia para mí).

Por otra parte, siempre desconocemos el nombre de mi narrador, y esto es una propuesta mía en esta parodia de novela picaresca, pues noté que en las obras que mencioné como corpus de estudio, es el mismo pícaro quien se presenta en el texto, mencionando su lugar de nacimiento o quiénes fueron sus padres; pero en la obra que a mí me gustó más: “Rinconete y Cortadillo”, al no estar escrita en primera persona, a ellos hay que presentarlos. Entonces, quiero aclarar que pretendí que mis personajes se complementaran para lograr la historia, es decir que mi narrador sería el presentador del pícaro principal, él fue quien mencionó el origen de su amigo Jorge y el que cuenta las

aventuras que vivió con él; de otro modo, las vivencias de Jorge no hubieran sido recordadas por nadie, y por otro lado, la vida de mi narrador sin Jorge es menos importante como para que él cuente esa vida, así sostengo que mi personaje principal es Jorge Espadas.

Lo anterior puedo reforzarlo basándome en la cita de Sánchez Arnulfo de la página 18, recordando que Jorge es el personaje principal aunque salga del relato un tiempo, porque su ausencia es palpable; además de que siempre es él el hilo conductor de la historia que realmente importa.

Hablando del narrador, utilicé el recurso de la primera persona gramatical para hacer más crítico el punto de vista cuando se trata de evidenciar la sociedad en la que se mueven mis personajes, pues todas las acciones son contadas de primera mano; pero al mismo tiempo hacerlo más divertido porque el narrador, al dar su versión de los hechos, puede justificar sus acciones ridículamente; es decir que este tipo de narrador me facilitó el tono irónico y sarcástico del relato.

Intenté hacer énfasis en el tono con el que se expresa mi narrador: quise hacer de la ironía un recurso constante durante todo el texto. Helena Beristáin en su *Diccionario de retórica y poética*, dice de la ironía, que es una figura retórica que afecta la expresión lógica, es decir que “Consiste en oponer, para burlarse ... declarando una idea de tal modo que, por el tono, se pueda comprender otra contraria ... (277). Un ejemplo que puedo mencionar en mi novela, es la forma que tiene mi narrador para referirse a los policías con los que se relaciona en distintos tiempos y lugares, como cuando se refiere a ellos como “los guardianes del orden” mientras son violentados él y su amigo Jorge.

Helena Beristáin relaciona o pone a la par el recurso de la ironía con el del sarcasmo.

Angelo Marchese y Joaquín Forradellas en el *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, plantean el sarcasmo como una “figura lógica que puede ser considerada como una forma extremada de ironía, -puede llegar hasta la crueldad-, dirigida a herir al destinatario” (360).

Hay un fragmento de mi novela, cuando el narrador va a un baile en Milpa Alta, que ironiza la visión que tiene de distintas mujeres, creyendo y argumentando por qué ninguna era digna de él. Mi propósito en este fragmento fue ironizar en extremo, pero con algo de poca importancia, es decir: tuve que mostrar que mi narrador estaba completamente ebrio para que la perspectiva de la realidad que él tenía llegara a ser ridícula; quise que él, en su intento por herir a las mujeres del baile, utilizando frases irónicas, se exhibiera como el verdadero agredido, todo hecho por él mismo.

Pienso que el recurso del sarcasmo utilizado ahí, es el más evidente durante toda mi novela, aunque quizá el menos importante; es decir que propongo utilizar sarcasmos o ironías durante todo el texto pero sin abusar de ello, para que ese tipo de frases tengan más peso cuando el contexto de la novela sea serio, y no sean tomados a la ligera por ser muchos los sarcasmos cuando las circunstancias requieran más seriedad.

Pero el objetivo principal del sarcasmo, entendiéndolo como un recurso para hacer una crítica extrema de una idea contraria a lo que se dice, lo mantengo más en las ideas o creencias de mis personajes, y así hago énfasis en el principal objetivo de la parodia de picaresca que propongo: exhibir la realidad de mis personajes, como en la España del Siglo de Oro lo hicieron las novelas picarescas que mencioné como principales lecturas. Los lugares o

escenarios, los describí tal cual los requerían mis personajes o como son en verdad, siempre cuidando que no se salieran del contexto pícaro.

Por otro lado, un pícaro cuenta siempre sus orígenes, narra por ejemplo, en qué condiciones nació y quiénes fueron sus padres. En un par de las novelas que yo tomo de referentes es muy claro esto:

La Vida del Buscón don Pablos comienza así: “Yo soy, señor, natural de Segovia. Mi padre se llamó Clemente Pablo (Dios lo tenga en su gloria) [...]”. Entonces en el siguiente párrafo comienza con su madre: “Estuvo casado con Aldonza de San Pedro, hija de Diego de San Juan [...]” y finaliza la idea contando cómo es que su padre terminó preso.

El Lazarillo de Tormes comienza así: “Pues sepa vuestra merced, ante todas las cosas, que a mí me llaman Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antonia Pérez [...]”. En seguida, nos enteramos que su padre murió.

También, un pícaro cuenta sólo con el amparo de él mismo al inicio de la historia porque, como hemos visto, sus padres mueren o van a la cárcel, eso le provoca ser víctima de malos tratos durante todo el relato; pero gracias a eso, también es un conocedor de las experiencias que da la vida, y suele aprovecharlas a su favor una vez que ha superado los primeros infortunios. “El pícaro es siempre un vagabundo solitario, un verdadero desterrado que no entra nunca en diálogo real con los demás hombres porque los más desconfían de él y él desconfía de todos en cuanto adquiere un poco de experiencia” (Blanco 315).

Entonces, un personaje pícaro no nace en una cuna de nobleza, sino más bien su origen es humilde; en mi novela, poco después que se conocen el narrador y el protagonista, se cuenta el origen de cada uno; Jorge tiene un

padre campesino, y desde muy pequeño tuvo que ayudarlo a trabajar en el campo; cuenta además la pobreza a la que su familia está condenada, es por eso que decide salir de su pueblo y buscar dinero (en la novela se explica por qué decide como destino la Ciudad de México). El narrador, en cambio, cuenta que había sido un niño mimado hasta que murieron sus padres, y su hermano se hizo cargo de él, pasa de una vida cómoda a una vida llena de carencias. En este caso, el origen humilde de mi personaje pícaro (el narrador) no se cumple, sin embargo, pasa por las mismas desventuras que Jorge, el protagonista; es decir que se adhiere a la vida picaresca.

Lo anterior sirve para adentrarnos en la violencia social en la que se desenvuelven los pícaros y mostrar cómo son víctimas de malos tratos; recordemos que una novela picaresca refleja la decadencia social de su tiempo, lo interesante es ver cómo cada personaje va sorteando esas vicisitudes valiéndose de su ingenio, y así, al mismo tiempo exhibe y critica a esa sociedad. “En efecto, no vemos que Mateo Alemán se inhiba de condenar a la autoridad y a la justicia de su país. Para él el “pobre” es un magnífico pretexto que utiliza para exponernos su filosofía, tan machaconamente desarrollada en esas “moralidades superfluas [...]” (Bataillon20).

Aunque en el *Lazarillo de Tormes* el protagonista cuenta cómo se libera de distintos amos, entra en un proceso que lo hace llegar después con otro peor al anterior, esto sirve como un instrumento de observación hacia distintos ángulos de la sociedad: un ciego muy cruel, un clérigo que le restringía la comida, un hidalgo que guardaba las apariencias pero era muy pobre, son algunos de esos personajes que reflejaban la sociedad.

Carlos Blanco Aguinaga en su artículo “Cervantes y la picaresca: notas sobre dos tipos de realismo”, hace referencia a lo anterior dándole un

sentido al mismo tiempo: "... los diversos puntos de vista de la vida de los demás le llegan al lector filtrados ... la realidad, por prismática que sea, se fija en un único punto de vista desde el cual, por su misma bajeza de miras, se descubre la mentira de los otros puntos de vista" (3).

Si nos concentramos en las características del pícaro trotamundos, el que tiene varios amos porque tiene varios empleos, notamos que es un personaje solitario por excelencia; es decir, se desprende de una cierta estabilidad lograda para continuar con su vida, sin más lamentaciones. Además, gracias a los muchos empleos de un pícaro, se puede apreciar también el deseo de libertad "... ligado al deseo de conocer el mundo y a un sentimiento (¿ilusorio?) de libertad ... el héroe huye porque la situación se hace imposible" (Soullier 89).

Entonces, una característica que podría ser distintiva en cuanto a la personalidad de los pícaros, es el anhelo de libertad; en el caso de mis protagonistas, es evidente que anhelan ser libres (como cuando pasan por Xochimilco), y aunque es hasta el prostíbulo cuando tienen un empleo relativamente formal, durante todo el texto se cuenta cómo trabajan limpiando puestos de mercado, limpiando coches, cargando mercancías con un diablito, en fin, teniendo muchos patrones, cambiando de empleo muy frecuentemente.

Un pícaro también debe tener maestro de la vida (un pícaro mayor) de quien aprenderá sus fechorías y hasta las superará "[...] encuentro con el *iniciador* (pícaro más viejo, mendigo, compañero de infortunio [...]) ese pícaro es una especie de profesional" (Soullier 84 y 85). En el caso de Lázaro es el ciego, y Monipodio lo sería para Rinconete y Cortadillo.

Mis personajes no tienen a un mentor oficial, pero el hombre que les permitía alojarse en un cuarto de azotea y que los traicionó después, junto con

dos compañeros de andanzas de mis personajes, serán quienes los inicien en la vida picaresca; se justifica mejor esa idea, porque gracias a ese engaño mis personajes llegan a la cárcel; ahí cada uno entablará relaciones amistosas con personajes que definen el carácter de cada cual: Jorge se juntará con los violentos, y el narrador se juntará con un músico, activista social y pseudo hippie; cada uno aprenderá mañas del círculo donde se movió en la cárcel, a manera de anti-escuela.

Las enseñanzas que reciben Rinconete y Cortadillo de Monipodio, las comparo con las enseñanzas que recibe mi narrador de doña Ximena (dueña del prostíbulo) para conquistar a Claudia en el próximo baile del pueblo; pero propongo una diferencia clara en este caso: Monipodio enseñaba a sus discípulos el arte del hurto, en cambio doña Ximena sólo le da clases de baile a mi narrador; es una enseñanza más insignificante la de mi novela, pero me parece que mis personajes aprenden mejor por sí solos los recursos para sobrevivir, sólo observan e intentan lo mismo, por ejemplo la recolección de latas de aluminio, lavar puestos de comida, cargar mercancías en la Merced, etc, no necesitan de un profesor para esas actividades, en cambio, parecen sí necesitarlas para sus relaciones interpersonales. La escena que puede parecer más picaresca: cuando echan a perder la fachada que ellos pintaban para seguir teniendo trabajo, es un claro ejemplo de sus picardías autodidactas, fue sólo una ocurrencia sin enseñanza previa.

También son claros los distintos líderes que tomarían el papel de Monipodio, en *Jorge Espadas*; la misma doña Ximena es un claro ejemplo, ella es quien organiza a sus trabajadoras y la que planea la venganza de Jorge. Otro ejemplo es el papá de Paco, aunque el señor trabaja honestamente, durante un tiempo es quien decide dónde trabajará mi narrador; o los muchos

dueños de puestos de comida que les pagaban con tacos o tortas (todos esos patrones o jefes, en la picaresca tradicional serían los amos).

En “Rinconete y Cortadillo” es fácil poner atención a la crítica social o irónica de Cervantes, en cuanto a las organizaciones corruptas o criminales; es decir, que, a pesar de que estos chicos saben ganarse el pan engañando a ingenuos y robando bolsos en plazas públicas, sólo por mencionar un par de ejemplos, pasan a formar parte de una organización criminal con Monipodio como su líder. Es una organización que obliga a sus socios a reunirse, en la cual el registro (inscripción) a dicha organización tiene un precio, también se tiene la obligación de repartir las ganancias y hasta tienen un impuesto religioso. En mi texto, la organización criminal es evidente desde un principio, con los personajes que traicionan de inmediato a mis pícaros, y sigue hasta el final con la plantación de marihuana en la que colaboran Paco y el narrador. La corrupción se manifiesta con los policías, por ejemplo: la noche en que mis personajes se encuentran en la basílica y tienen que darles a los policías dinero para no ser arrestados. “A las trapacerías y a los excesos de los pícaros que se pudieran llamar profesionales, contribuía la autoridad con su indulgencia unas veces; su indiferencia o su conducta arbitraria, otras, y su complicidad en muchas ocasiones” (Deleito y Piñuela 150).

En el capítulo anterior dijimos que la sociedad de España tenía claro el rol de cada individuo, y que todos estaban predestinados a morir como nacían; pero en este tipo de literatura el pícaro puede tener una ascensión social por sí mismo, con base en su trabajo (siendo el hurto el más concurrido), es capaz de tener a su alcance lo más esencial, como la comida, y además fingir una solvencia que no tiene. Por otro lado, también puede ser rechazado por completo de esa sociedad, si sus acciones transgreden en exceso las buenas costumbres.

En “Rinconete y Cortadillo”, la casa de Monipodio es un mundo que logra insertarse a la sociedad de la “gente honrada”; y en contrapartida con esta característica del mundo independiente que significa la casa de Monipodio, en *Jorge Espadas* puede notarse la necesidad de los personajes por adentrarse en la sociedad: buscan trabajos relativamente formales y se esfuerzan por no quedarse en la calle, sino en tener aunque sea un cuartito de azotea; pero desafortunadamente para ellos, nunca logran consolidar ese punto; cuando parecen adentrarse en algún círculo social como vendedores de chatarra o guardias de seguridad en el prostíbulo, tienen que dejarlo por circunstancias que los obligan. La movilidad de un buen pícaro vuelve a relucir aquí.

Es necesario aclarar que un pícaro no es un rufián, es decir que no tiene malos instintos; es sólo un ladrón ingenioso, las circunstancias lo han obligado a ello, sólo roba lo necesario para comer pero jamás se valdrá de asesinatos; engañará y tendrá el cinismo de aceptarlo y además contarlo en el relato; jamás terminará con la vida de alguien, pues no es ladrón por vocación ni violento, sino que es creador de picardías para poder comer.

José Deleito y Piñuela enlista a algunos personajes que pudieran confundirse con los pícaros y nos dice lo que en realidad son, por ejemplo:

Apóstoles.- aquellos que, emulando a San Pedro, cuentan con las llaves de las casas para robarlas.

Maletas.- aquellos que cabían en una maleta o baúl como si fueran cualquier mercancía, y así los introducían a las casas.

Salteadores.- aquellos que robaban y mataban en los caminos.

Estafadores.- aquellos que asaltaban a los ricos en sitios solitarios, mostrándoles dagas, les amenazaban de muerte.

Cigarreros.- quienes frecuentaban las plazas públicas, y se llevaban de un tizeretazo la mitad de una capa o una basquiña.

Sátiros.- eran ladrones de bestias, se llaman así porque vivían en los campos.

Mis personajes prefieren trabajar en cualquier cosa antes que robarle por malas maneras a la gente; aun cuando pasan por la cárcel, y a Jorge le parece que los problemas se solucionan con golpes, el narrador hace que su amigo, a veces, controle esa furia.

Pero se rompe la regla del pícaro no rufián cuando Jorge mata al policía que lo violó, esto hace que mi texto no cumpla con una de las características más notables de este género; la justificación para la acción de mi personaje proviene de su pasado, no debemos perder de vista que estuvo un tiempo encarcelado y convivió con el grupo de presos violentos, a eso debemos agregarle que, aun en libertad, Jorge y el narrador nunca estuvieron completamente a salvo del mundo que los rodeaba.

Lo cierto es que mi personaje planea, ejecuta e intenta solucionar las consecuencias que produjo el asesinato del policía, pero pienso que aún así sigue siendo un personaje pícaro; no creo que ningún lector condene la venganza de Jorge, más bien me parece un acto de justicia que él mismo buscó al encontrarse en una sociedad que lo discriminaba sólo por su apariencia o vagar por las calles, siendo esto una garantía de que no encontraría justicia de otro modo, pues habían sido víctimas de la institución policiaca personificada en Andrés, y esta institución se muestra corrupta y violenta.

Por no ser personajes violentos, el lector festeja las ocurrencias de un buen pícaro (yo no paraba de reír cuando Lázaro hizo que su amo ciego se estrellara la cara con un poste), además de que el contexto en el que un pícaro se mueve hace justificables sus acciones, pues tiene que comer de algún modo. Yo no pretendí que se festejara el asesinato de Andrés ni hacer de mi personaje un rufián, pero me parece comprensible que Jorge haya tomado esa actitud frente al policía; es entonces una variante en mi novela este asesinato, con el que tuve claro, desde un principio, que sería un reto justificar esa acción, y el reto fue que los lectores pudieran seguir considerando a Jorge como un personaje pícaro a pesar de no cumplir con esa característica rigurosa del pícaro no violento.

III.- El lenguaje de los pícaros

El lenguaje de los personajes pícaros tiene ciertas características que me parece importante mencionar, una de ellas es el lenguaje de la “germanía”. José Deleito y Piñuela, explica que el lenguaje de “germanía” es una derivación de la palabra “germanos” o “hermanos”. Es entonces un lenguaje que los pícaros, sintiéndose una hermandad, utilizaban para comunicarse entre ellos sin que las demás personas entendieran el verdadero sentido de las palabras. Es algo parecido a lo que hoy en día se conoce como “caló”.

Existía también otra forma de habla conocida como “revesada” y ésta consistía en voltear el orden de las sílabas, por ejemplo, para referirse a “negro” decían “grone” o para referirse a “mucho” decían “chomu”.

Cabe mencionar que en mi novela, el lenguaje de los personajes es un lenguaje sencillo y jamás intentan hablar entre líneas, pero sí emplean lenguaje conocido como “caló”, que está al alcance de todos hoy en día en la Ciudad de México, utilicé, por mencionar un ejemplo, la palabra “chido” para referirse a algo que está bien o es agradable. Pero debe quedar claro que sólo hay un par de diálogos en toda la novela, lo demás es lenguaje de mi narrador, y es por ello que el lenguaje de “caló” que se utiliza es casi siempre el mismo, aunque a veces él suele parafrasear a los otros personajes.

Según el lenguaje de la germanía, y retomando a José Deleito y Piñuela, a continuación enlistaré las diferentes clases de ladrones, eso lo determinaban los artículos que preferían hurtar.

Cicatero.- ladrón de bolsas.

Prendador.- ladrón de ropas de vestir.

Cuadrero.- el que robaba animales.

Guzpatarero.- perforaba puertas o paredes para meterse a robar.

Ir a robar se le podía decir “meter el dos de bastos” o “cortar de tijera”, la segunda adjetivación, personalmente me recuerda a lo que Cortadillo hace en la obra de Cervantes, aunque en realidad, él, literalmente, sí se ayudaba de sus destrezas aprendidas gracias a la sastrería familiar para cortar de tijera las bolsas.

Para entender mejor la categorización de un ladrón podemos utilizar el ejemplo de Cortadillo: quien era un jovencito que “cortaba de tijera” o “metía el dos de bastos”, además de ser cicatero.

Me parece oportuno hacer otro pequeño listado al entorno general de un pícaro, con la misma “germanía”.

Marcas, mandiles y traineles.- eran las mancebas y los criados de los pícaros (pícaros aprendices).

Birlesca.- es una junta de rufianes.

Ermita.- se referían a una taberna.

Mascar de lo pío o piar el turco.- era beber vino.

Baldeo.- espada.

Cantar.- declarar (muy común actualmente).

Cabalgar en el potro.- era recibir algún tormento para declarar.

Grullo.- alguaciles.

Gura.- a las rondas (de los alguaciles).

Gurapas.- eran los castigos en las galeras.

Me pareció interesante mencionar esas palabras, para hacer un comparativo con el caló de la Ciudad de México de hoy en día, y dar un ejemplo de lo que sería la lista de lenguaje caló en *Jorge Espadas*, basado en las mismas palabras:

Marcas, mandiles y traineles = chalanes.

Birlesca = banda.

Ermita = cantina o pulcata.

Mascar de lo pío o piar el turco = “ir a pistear” o “tomar”.

Cantar = “chivatear” o “pasar al costo”.

Cabalgar en el potro = la violación a Jorge (aunque sólo debe entenderse como “tormento”, pues mis personajes no tienen nada que confesar a esos policías).

Grullo = polis.

Gura = rondín (de los polis).

Es claro que el lenguaje tiene la función de comunicar algo que sólo las personas familiarizadas con eso lo pueden entender, aunque en realidad en *Jorge Espadas*, busqué un lenguaje caló muy conocido y que, por lo mismo, muchos dirán que ya no representa un lenguaje caló; pero estoy seguro que es un lenguaje que se adecua a las características de mis personajes y de su entorno.

En ese sentido, me parece importante hablar de la realidad de la Ciudad de México como escenario picaresco, y los otros escenarios que utilicé. “El mundillo de la picaresca estaba extendido por toda España. Apiñábase en las grandes ciudades, donde la afluencia de indígenas y forasteros daba gran amplitud a sus proezas” (Deleito y Piñuela 181).

IV.- Los escenarios en la picaresca y la comparación con mi trabajo creativo

El último dato del capítulo anterior me sirvió para sacar a mis personajes de la Ciudad de México, aunque fuera sólo un tiempo pequeño y hasta el final de la novela. Me pareció realmente valioso que los pícaros no sólo se movieran por Madrid, sino que también estuvieran por Sevilla y las ciudades que se citan en distintas obras literarias y el mismo José Delito y Piñuela hace notar: Alcalá de Henares, Toledo, Segovia, Salamanca, León, Valencia, Andalucía, Málaga y Sanlúcar; cabe mencionar que es en Madrid donde los pícaros encuentran sus mejores oportunidades de sobrevivir; José Delito y Piñuela retoma una idea del padre Fernández Navarrete: “Las calles de Madrid ofrecen singular espectáculo. Hállanse henchidas de vagabundos y haraganes, que pasan el día jugando a los naipes, aguardando la hora de la comida a la puerta de los conventos, o se salen al campo a saquear las viviendas” (Deleito y Piñuela 131).

Uno de los alimentos que los conventos siempre ofrecía a los pícaros era la “Sopa boba”: una mezcla de todos los sobrantes del día anterior (en ese entonces, algunas posadas o tabernas contribuían con sus sobrantes a los conventos). Es importante aclarar que en Sevilla se tienen registros de que la caridad estaba institucionalizada, se repartían una especie de licencias expedidas por el Cabildo de esa ciudad; dichas licencias estaban destinadas, supuestamente, sólo a personas no aptas para trabajar, como ciegos, mutilados, o ancianos enfermos por ejemplo, pero a pesar de las licencias expedidas para tener el derecho a mendigar, el control no fue suficiente por parte del gobierno y los pícaros hicieron de esas ayudas una fuente importante para su supervivencia.

Madrid fue el destino de personas que provenían de Alemania, Países Bajos, Francia o Italia principalmente, la mayoría de esas personas ni siquiera llegaban con el objetivo de trabajar, sino para ser beneficiados por las caridades que ofrecía España a los pordioseros (entre ellos a los pícaros). Madrid llegó a contar con cuarenta mil extranjeros, en el contexto español que mencioné al principio de este trabajo. Eso me ayudó para hacer de la Ciudad de México el destino de Jorge, pues él piensa que en esta ciudad se encontrará con las oportunidades de trabajo y por ende de dinero, que su pueblo no le ofrece, aunque debo recordar que en la novela él cuenta que su primera opción era pasar la frontera hacía los Estados Unidos.

El valor que encuentro en lo anterior, es que se reafirma la característica de los pícaros como hombres libres y que siempre tienen que estar en constante movimiento, es por eso que en mi novela me di a la tarea de mostrar a los personajes principales en distintos lugares de la república mexicana: Puebla, Veracruz, Oaxaca, Hidalgo y por supuesto la Ciudad de México. Pero además de mostrar a los personajes libres que representan los pícaros, intenté mostrar que esas personas libres, son al mismo tiempo personas sin oficio ni beneficio según piensan las personas que los discriminan, pues no forman parte de la sociedad bien vista, la que trabaja formalmente para ganarse la vida; aunque paradójicamente las personas que los discriminan son quienes les niegan las oportunidades de trabajo y por ende algún tipo de ascensión social, y esto último es una de las características más significativas de un pícaro. Entonces, esa libertad y movilidad que la vida picaresca representa, es en realidad un problema para la sobrevivencia de ellos.

Me pareció importante retratar un poco la aglomeración que se ve en la Ciudad de México, no sólo por los que nacen y siempre viven en ella, sino

que la Ciudad de México, parecido a lo que ocurría en Madrid, se ha convertido en un destino para muchas personas de la república mexicana a manera de una supuesta opción para mejorar sus condiciones de vida; es decir que intenté comparar a los extranjeros en España y que significaban demasiados habitantes en Madrid, con los distintos personajes de algunas comunidades indígenas que en cualquier momento se pueden observar en la Ciudad de México (como los mazahuas por ejemplo), y que a mí me funcionara para retratar el caos urbano que percibo en la actualidad, y es el escenario perfecto para que dos pícaros se busquen maneras de sobrevivir.

Es entonces que la postura de un pícaro me parece muy interesante, pues además de contar su vida ayudándose de anécdotas, su testimonio sirve para hacer una reflexión respecto al entorno que creemos normal para todos. Me parecen personajes valientes al mismo tiempo que inteligentes y divertidos, de espíritu libre y aventurero, pero destinados a la marginación social y, lo más importante: capaces de sobrevivir en las ciudades caóticas y violentas en las que mi propuesta de parodia de picaresca los sumerge.

Conclusiones

Quiero mencionar la mínima importancia que tuvo para mí el género picaresco como corriente cuando la conocí, es decir; que la primera obra que leí (*El Lazarillo de Tormes*) sólo fue una recomendación para distraerme en las vacaciones luego de un periodo de trabajos académicos para certificar las materias cursadas, pero me encantó el libro y más esa forma de escribir, y cuanto más me agradaba el género decidí vincularlo de alguna forma con mi proyecto de titulación. Comencé a indagar un poco en libros teóricos de la picaresca española; al final no pude deslindarme del estudio del contexto histórico del Siglo de Oro español, la literatura picaresca fue un excelente pretexto.

Es entonces que, por medio de mi novela, intenté lo mismo que los distintos autores a los que hago referencia: mostrar el tiempo y lugar que me tocó vivir, es decir: evidenciar la sociedad de la que formo parte.

Lo primero fue enamorarme de esta forma de narrar lo más deplorable de una sociedad, y el ingenio de los seres humanos para sobrevivir en ella. No me costó trabajo, fue amor a primera vista; aunque debo decir que la picaresca española no fue lo único que me divertía, sino también obras del mismo género pertenecientes a otras tradiciones, por ejemplo *Oliver Twist*.

Lo siguiente fue entender por qué en aquella España se hacía ese tipo de literatura; mientras di un paso al otro, decidí que de alguna forma la picaresca tendría algo que ver en mi titulación: escribir una novela picaresca contemporánea fue el reto.

Al comprender la necesidad que significó una literatura picaresca en la España que mencioné, intenté que mi novela cubriera las mismas

necesidades de esa época, pero cubrirlas según este tiempo: con otro lenguaje, con otros personajes, con otros escenarios. Me di cuenta que las denuncias sociales a través de la literatura después de poco menos de 500 años no varían mucho: la discriminación a dos personajes desamparados y su seguro estancamiento social es un ejemplo.

Lo más importante fue que al escribir una novela picaresca contemporánea, logré alejarme de las formas que no me gustan: la literatura victimista o paranoica que condena todo, de la que nunca he sido admirador; también intentaba alejarme de la literatura que quiere educar. Mi novela me sirvió para maquillar posturas sociales con algunos sarcasmos o ironías, para mostrar lo poco que veo en una gran ciudad, sólo mostrar.

Me sirvió para entender que quiero escribir mis siguientes proyectos con la misma fórmula: divirtiéndome yo, criticándome a mí, y alimentando mi ego; mi futura literatura picaresca puede ser medianamente buena o extremadamente mala, y aún así, la diversión que significa escribir pícaramente me permitirá, espero, hablar de lo que quiera, por más violento o detestable que sea, con una sonrisa sarcástica.

Bibliografía primaria:

Cervantes, Miguel de. “Rinconete y Cortadillo” en Cervantes, Miguel de.

Novelas ejemplares. México: Porrúa, 2007. 99-130 Impreso.

_____. “El retablo de las maravillas” en Cervantes, Miguel de.

Entremeses y La destrucción de Numancia. Madrid. Editorial

Castalia, 2001. 167-182. Impreso.

El Lazarillo de Tormes. México: Porrúa, 1965. Impreso.

Quevedo, Francisco de. Vida del buscón don Pablos, México: Porrúa,

1965. Impreso.

Bibliografía:

Bataillon, Marcel. Pícaros y picaresca en La pícara Justina, Madrid:

Taurus, 1969. Impreso.

Beristáin Helena. "Ironía". Diccionario de retórica y poética. México:

Porrúa, 2006. Impreso.

Blanco Aguinaga, Carlos. "Cervantes y la picaresca: Notas sobre dos tipos

de realismo". NRFH, México, 11, (jul.-dic. 1957). 313-342.

Impreso.

Bloom Harold. Textos de teorías y crítica literarias (Del formalismo a los

estudios poscoloniales). Comp. Nara Araújo y Teresa Delgado.

México: UAM, 2003. 479-484.

Cervantes, Miguel de. "Rinconete y Cortadillo" en Cervantes, Miguel de.

Novelas ejemplares, 99-130. México: Porrúa, 2007. Impreso.

_____. "El retablo de las maravillas" en Cervantes, Miguel de.

Entremeses y La destrucción de Numancia. 167-182. Madrid.

Editorial Castalia, 2001. Impreso.

Deleito y Piñuela José. La mala vida en la España de Felipe IV. Espasa-

Calpe S.A. Madrid 1948. Impreso.

Laurenti, Joseph L. Bibliografía de la literatura picaresca: desde sus orígenes hasta el presente. Metuchen, NJ, The Scarecrow Press, Inc., 1973. Impreso.

El Lazarillo de Tormes. México: Porrúa, 1965. Impreso.

Marchese Angelo y Joaquín Forradellas “Sarcasmo”. Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria. Ariel, 2006. Impreso.

Quevedo, Francisco de. Vida del buscón don Pablos, México: Porrúa, 1965. Impreso.

Sánchez González Arnulfo. Los elementos literarios de la obra narrativa. México. UNAM, 1989. Impreso.

Soullier, Didier. *La novela picaresca*, México, FCE, 1985. Impreso.

Jorge Espadas

Nota para tesis:

Creo oportuno aclarar que el siguiente texto sólo es un fragmento de la novela Jorge Espadas. Entrego cincuenta cuartillas, que equivalen a los primeros cuatro capítulos de la novela completa, aunque he decidido no entregar el segundo capítulo; no tiene mayor explicación que el de cumplir con las cincuenta cuartillas; es decir que de no haberlo hecho así, hubiera tenido que dejar a medias el capítulo V, y a mí me pareció más conveniente no cortar los capítulos sino dejar a un lado uno completo.

En el capítulo II, mis protagonistas están en la cárcel y el narrador cuenta un poco lo sucedido ahí, pero al ser un pasaje muy duro de su vida lo cuenta rápido, entonces en el mismo capítulo se cuenta cuando salen de la cárcel y por azar, cruzan toda la ciudad; desde la Basílica de Guadalupe llegan hasta Milpa Alta.

Como también entrego la novela completa, los lectores que lo deseen podrán constatar lo expuesto aquí.

Al lector:

Habrás notado querido lector... que he dicho lector y no lectores.

Y es que, tomando en cuenta que en nuestro tiempo, no sé en el tuyo, pero sí en el mío, en México sólo se le pone atención a la literatura de buena calidad, es una osadía de tu parte tener entre las manos este relato que no carece de verdades, pero tampoco abunda la belleza en él.

Te agradezco haber pagado por él, y si lo tienes por préstamo de amistad, te agradezco también no haberlo dejado al desamparo de la ola naranja en el metro de la ciudad.

Por mi parte, estaré agradecido contigo por siempre por darle el valor a que tú creas conveniente: un vistazo diferente a la ciudad, calzar tu mesa de la sala o utilizarlo de pisapapeles, de todas formas gracias, por haberlo abierto aunque sea en esta página, querido lector, único lector, lector en singular.

*El propósito de un escritor no consiste en resolver una cuestión
de una vez para siempre, sino en obligar al lector
a ver la vida en todas sus formas, que son infinitas.*

León Tolstoi.

I

Lo que a continuación leerás no tiene por objetivo darte una enseñanza ni alejarte de la televisión en días de fútbol; simplemente te enterarás de lo que viví junto con mi amigo Jorge, pues su vida es el pretexto ideal para intentar personalizar nuestra realidad.

Lo conocí en la central camionera del norte, en la ciudad de México; estaba en una banca dando picotazos al aire como si fuera gallo, se resistía a quedarse dormido, me pareció chistoso y me acerqué. Su cabello estaba alborotado y seboso; su mirada, un poco por el sueño, era la más pacífica que había visto en mucho tiempo; su dieta parecía ser tan baja en todo que los pantalones le quedaban guangos y a mí de seguro me hubieran ajustado como medias. Para mi sorpresa y a honras de no sé qué, quise darle la comida que guardaba para no acostarme con la panza vacía, al fin y al cabo la mitad de un bolillo embarrado de cajeta no harían mucha diferencia.

Titubeé un momento pero aceptó, me arrepentí de mi buena acción de volada pero ni modo; lo comió mientras yo le daba un trago a su cantimplora, que por cierto, tenía pulque. Yo nunca había probado el pulque, pensé que era un jugo que al pobre se le había echado a perder, preferí no decirle nada de su bebida que renuncié a probar de nuevo... por esa ocasión.

Jorge terminó. Cambiar mi bolillo por el trago de pulque me hizo sentir más que idiota. Me despedí de él; era un estorbo tener compañeros para

trabajar y hasta para dormir cuando no caía al cuartucho del Rata y el Taquete; a veces era mejor no llegar ahí, cuando se ponían pachecos también se ponían cariñosos. Sólo le dije que se protegiera de la escarcha porque las noches anteriores había estado de a peso.

Llegó la hora de dormir. En un pasillo de la central, detrás de una sala de espera, extendí unos cartones que el vendedor de una tienda de regalos me había prestado sin enterarse. Un reloj gigantesco que todos miraban después de ver el que llevaban en su muñeca marcaba la media noche. Los guardias ya no pasaban por allí, pero si de casualidad lo hacían tendría que irme a otra parte; antes ya me habían corrido, porque según ellos yo empiojaba aquel sitio; preferían esa imagen en la siguiente cuadra, donde no había nada para protegerse del frío, las lluvias, y todas las cosas de las que me salvaba dentro de la central.

Cuando ya estaba cediendo al sueño me tocaron el hombro, como pidiendo que me despertara; antes de abrir los ojos, pensé que otra vez roncaría junto a perros pulgosos y ratas de coladera. Afortunadamente era Jorge, por esa ocasión la chispé. Balbuceó algo que no me importó pero le dije que sí.

Se acercó tanto que intenté darle una patada donde fuera, pero él como la fresca mañana: tranquilo. Supongo que le di permiso de acompañarme cuando balbuceó eso que me valió. Consiguió que le compartiera mi dizque cama, le di chance porque la cobijita que traía era un buen aliviane, pero eso no me distrajo de lo más importante: como lo acababa de conocer y de sus mañas no sabía nada, su morralito lo puse a la altura de mis nalgas por aquello del diablo, su cobija valía el riesgo.

Enconchado y getón a todo lo que daba, de pronto sentí un chorro de agua tibia en la mejilla que se deslizó a mi nariz, la cantidad de media taza, creo; en seguida unos patines que me cayeron por todos lados, y algunas risas de tres guardias que preguntaban si era pendejo o por qué no entendía que no podía estar ahí. Jorge se levantó, recogió el cartón, dobló la cobijita que nos abrigó esa noche y caminó hacía la puerta más cercana. Lo seguí.

Aunque yo prefería estar solo, en muchas ocasiones la compañía significaba menos madrazos. Le propuse ir al cuarto donde “vivía”. Aceptó.

En el camino le pregunté qué era lo que tenía su cantimplora, me dijo que pulque, y después de criticar el sabor a podrido que tenía esa cosa, él soltó una carcajada y me dijo que ése era su mejor sabor (con el tiempo le di la razón).

Me contó que llevaba tres días fuera de su casa, sólo tenía lo que cargaba en su morral. Llegamos al cuarto; intentamos acomodar un poco todas las cosas que había arrumbadas, pero era imposible saber lo que ocupábamos y lo que ya era basura.

Después de medio arreglar lo que pudimos, llegaron el Rata y el Taquete, mis dos compañeros de cuarto. No se sorprendieron de ver a Jorge, y menos les molestó su presencia cuando les dio las pocas monedas que traía para comprar un aguardiente.

Jorge y yo salimos a comer, pero antes teníamos que chambear un poco. A diferencia del Rata y el Taquete que no salían de la colonia, a mí me gustaba trabajar lejos de donde vivía.

Llegamos al mercado de La Merced, después se convertiría en el lugar favorito de Jorge para trabajar; cargábamos con un diablito las cajas de frutas

y verduras de quienes lo necesitaban y pagaban nuestra tarifa. El diablito nos lo alquilaban bastante caro, además de que los otros cargadores nos pedían una cooperación voluntaria para poder jalar; esa cuota ya incluía su permiso para seguir con nuestros dientes firmes.

Digno de diputados, después de un par de horas decidimos que era momento de regresar a casa y comer tranquilos (en la Meche no había curul para descansar). Quién sabe qué comimos, pero lo acompañamos con un mezcal que provocaba una cruda de mil diablos y nos hacía olvidar el frío de aquel cuarto (yo siempre prefería la Mauricia pero no me quise quemar a la primera con Jorge).

Estábamos en medio de nuestro banquete, sentados en la azotea; podíamos ver lo que ocurría en la calle: primero un par de automovilistas se rifaron un tiro, quizá porque ambos tenían la luz verde y también ambos se pasaron la roja; treinta minutos después, un matrimonio que vivía en el edificio de enfrente se gritoneaba; al final se escucharon unos seis balazos como a dos cuadras de distancia. Para mí fue normal, para mi amigo una locura.

Matamos el mezcal, que más bien parecía una mezcla de alcohol puro, cloro, y cenizas de cigarros baratos. Decidimos ir por otro trago (nunca se sabe qué tanto será el frío que habrá que soportar).

Típico de esas bebidas matarratas, nos hablábamos como si fuéramos los amigos que crecieron juntos desde niños. No recuerdo si él me lo preguntó o fui yo quien decidió contarle mi vida hasta ese momento. Comencé con lo poco o mucho que recordaba de mi mamá y mi papá, lo más hermoso y odioso de ellos; que mi mamá murió de cáncer cuando yo tenía doce años, también que a mi papá lo suicidaron un año después en su trabajo, que se ahorcó

después del balazo que se metió al terminar de declarar los impuestos de un macizo del gobierno.

Después le platicué del tiempo que viví con mi hermano diez años mayor que yo, que la loca de mi cuñada dijo que la acosaba y fue cuando mi hermano decidió mandarme a vivir con su futuro compadre; en ese momento yo creía poder vivir solo al mismo nivel que hasta entonces.

Entonces decidí que cualquier lugar sería mi cantón; según yo, sólo me esperaban la aventura y libertad; Jorge no dejó pasar la oportunidad de decirme que aquello era de lo más idiota que había escuchado en su vida (pero con el tiempo le hice ver que podía ser más idiota); estuve de acuerdo pues en la calle uno no elige, más bien se adapta.

Se enteró que no toda mi vida había estado rodeado de maltratos como el de la central de camiones, de hecho, yo era uno de esos niños mimados mientras viví en familia.

Era el turno de Jorge; comenzó diciendo que venía de un pueblo en el estado de Hidalgo, ahí la mayoría trabajaba en el campo; desafortunadamente los dueños de la tierra que sembraban y cosechaban no eran ellos, los dueños de todas las tierras no pasaban de tres tipos que veían todo desde sus lujosas casas; al padre de Jorge le pagaban cincuenta pesos por una jornada de trabajo de mínimo diez horas; con ese dinero tenía que mantener a su familia: Jorge, su mamá y un hermano menor, Jorge trabajaba esas jornadas asesinas con su papá desde que tenía ocho años, pero nunca les alcanzaba mas que para medio comer, medio vestir, medio vivir.

Me explicó que él quería ir a Estados Unidos, pero dos de sus tíos habían muerto intentando llegar a ese país querido por todo el mundo y

fabricante de sueños y oportunidades; así que le aterraba ir, un poco por el peligro que él correría, pero más porque en caso de que le ocurriera algo, su familia quedaría sin el mayor aporte económico que era Jorge, y eso de “mayor aporte” era un decir.

Al día siguiente, con un dolor de cabeza horrible, decidimos ir a trabajar; claro que lo haríamos después de alivianarnos un poco. Nos dimos un tiempo afuera del cuarto, contemplando nuestra bella ciudad y las miles de oportunidades que en ella se podía encontrar, y más, dos tipos como nosotros. Los ánimos con los que contábamos eran igual de grandes a los salarios que nos esperaban, aún así decidimos ir.

Bajamos las escaleras y nos encontramos al señor que nos rentaba aquel cuarto: don Manuel; que para ser sincero, si el Manu hubiera hecho memoria y cálculos, le debíamos para ese entonces cuatro de cada cinco rentas. Aproveché para presentárselo a Jorge; nos preguntó adónde íbamos y le dije nuestros planes: ese día era la recolección principalmente de aluminio y cartón. El Manu me ofreció un carrito de supermercado que tomó prestado del estacionamiento donde iba a fumar mauricia con sus cuates. Lo acepté y le dimos las gracias.

Mientras nos dirigíamos al mercado sobre ruedas, le contaba a Jorge lo que nos encontraríamos allí, él me comentaba lo buena persona que le pareció don Manuel, por prestarnos el carrito y porque nos dejaba quedar en aquel cuarto.

Caminamos un par de cuadras, justo detrás de nosotros derrapó un coche, volteamos al instante y era una patrulla. Bajaron dos policías malencarados, nos detuvieron; el que iba manejando nos preguntó qué llevábamos en el carrito; sólo teníamos cuatro o cinco latas de aluminio, y

unos cuentitos literarios que leen mucho los microbuseros y priistas; pero como nos habían apantallado gacho ninguno pudo contestar antes de que el otro policía tumbara el carrito.

Semi pasmados nos agachamos temblorosos y torpes a recoger nuestras cosas, dispuestos a obedecer para que nos dejaran tranquilos; pero cuando estaba agachado al lado de Jorge, sentí un golpazo que de inmediato me dejó el párpado hinchado, enseguida otro que me hizo sangrar por la nariz. Uno de aquellos servidores públicos verificó la eficacia de su tolete en mí; además me preguntó: —¿te dijimos que podían moverse y levantar sus porquerías!? Después de tremendo golpe, sólo él pensó que podía responder de inmediato; como no lo hice, Jorge fue su siguiente víctima, lo levantó del cabello y dirigiéndolo a mí, le dijo: —¡levanta esa basura rápido, cabrón!

Mientras Jorge intentaba ayudarme, el otro policía le preguntaba que si en aquellas latas guardábamos la droga, o que si estaba dentro de los cuentitos que él aplastaba con sus botas; mi amigo, más preocupado por levantarme, no le respondió al momento, aquel cerdo azul lo derribó, y a mí junto con él, preguntándole que si éramos sordos o sólo un par de pendejos.

De pronto, a los oficiales les cayó el veinte de que habían cumplido ya con guardar el orden ahí y quizá necesitaban de su ayuda en otro lado. Se fueron casi casi chiflando.

No perdimos más tiempo; después de levantar nuestras cosas, con el agua sucia de un charco en la esquina de esa misma cuadra, nos lavamos la sangre que servía como evidencia de nuestra mala conducta; pero antes alejamos a un perro que bebía tranquilamente del mismo charco.

Por fin llegamos al mercado sobre ruedas, gracias a las personas decentes, las mismas que nos veían con algo de desprecio, nuestro trabajo estaba garantizado: botellas de vidrio sobre las casetas de teléfono, latas de aluminio en las jardineras, propaganda por todos lados, y por si fuera poco, casi todos los que vendían en aquel mercado compraban el periódico, nos regalaban las secciones aburridas o poco críticas casi al mismo tiempo que lo compraban, ellos se quedaban con los deportes y espectáculos.

Teníamos que ser muy selectivos: el aluminio siempre lo pagaban bien, el cartón si lo mojábamos pesaba más y era más dinero. La rapidez de nuestro trabajo era indispensable, si no, teníamos que hacer “contribuciones” a los que siempre se dedicaban a recolectar esas cosas; las aportaciones ya me habían dejado un par de moretones en el mejor de los casos, cuando estaban de buen humor los aduaneros; cuando no, la pelea no era justa, pero sí más divertida para ellos.

Tomamos un descanso y aprovechamos para acomodar lo que teníamos en el carrito hasta entonces, elegimos una jardinera a dos cuerdas del mercado; se acercaron unos amigos del Taquete y el Rata para preguntarnos dónde los podían encontrar. Como según ellos no podían esperar, nos propusieron un trato: si los llevábamos en ese mismo instante, nos pagarían el triple de lo que seguro nos darían por lo que teníamos en el carrito, y lo del carrito todavía lo podríamos ir a vender al día siguiente.

Era una oferta tentadora pero no sabíamos cuál era la urgencia; debo decir que su aspecto no era congruente con lo que según ellos nos pagarían, pensé que necesitaban igual que nosotros ese dinero, o chance no pensaban pagar lo que presumieron.

No terminé de analizar chido la situación y uno de ellos sacó de su bolsa muchos billetes, o igual no eran tantos, pero yo nunca había visto esa cantidad de dinero al mismo tiempo, no era la triple paga de lo que nos darían en el centro de reciclaje, fácilmente era unas diez o quince veces más.

Aunque Jorge no decía nada, sus ojos imploraban porque aceptara la oferta. Pregunté qué necesitaban de mis amigos, uno de ellos respondió que el Rata y el Taquete seguro nos dirían después.

Entonces, pensando que no podía ser tan malo, y tratando de convencerme de que no corrían ningún riesgo mis cuates, pues ellos mismos nos dirían lo que pasaba con esos tipos, no dudé más y fuimos a casa.

Por fin llegamos. A los dos desconocidos les pedí que se quedaran abajo; si llevaban algo para darles cran a mis amigos no lo había visto y no iba a arriesgarme. Jorge subió conmigo para aprovechar e ir acomodando las cosas que teníamos en el carrito de don Manuel. Antes de entrar, el tipo que tenía la apariencia más chacal sacó el dinero que nos había mostrado y me lo dio, me pidió que no me tardara y nos agradeció el favor. Nunca bajé la guardia al cien.

Abrí la puerta del cuarto y el Rata estaba dormido, lo desperté, le dije que lo buscaban unos tipos abajo, en la calle; me arrugué para decirle que yo los había traído, pero enseguida me ofrecí para bajar con él, Jorge igual Aquella preocupación le extrañó al Rata, así que decidió ver desde arriba quién lo buscaba. —¡Aguántenme aquí, son mis padrinos!—. Pasaba algo más, pero nos dijo que no bajáramos y lo obedecimos.

Escuchamos que se abría la puerta que daba hacia la calle. Jorge y yo nos asomamos por donde el Rata lo había hecho segundos antes, pero no

podíamos ver narices, nos subimos a unas macetas donde había plantas muertas y enfermas por igual, pero seguíamos sin ver lo que pasaba afuera.

Decidimos bajar; si se armaban los madrazos teníamos que tirarle esquina a nuestro cuate. Como niños jugando a los espías, bajamos sin hacer ruido y pegamos la oreja a la puerta principal. No se escuchaba claro lo que decían. Por un orificio de la puerta veíamos al Rata muy sereno.

De pronto se escuchó la llave entrando en la cerradura y el forcejeo de siempre con la puerta, Jorge y yo subimos rápido, el Rata no tardó mucho en llegar, pero ya no estaba solo; durante la plática con sus padrinos llegó el Taquete. Iba a preguntarles a mis vales qué show con esos tipos, pero de volada nos pidieron a Jorge y a mí que fuéramos por algo de comer; me dieron cien pesos para comprar quesadillas y un trago; lo que querían en realidad era estar solos para hablar de algo que no nos importaba. Después de una hora llegamos a casa con las quesadillas, refrescos, poca mota, y otro mezcal por si las moscas.

Cuando desperté al día siguiente sólo estaba Jorge; nuestros amigos habían salido muy temprano sin que nos diéramos cuenta, eso ya era muy común por esos días. Aprovechamos para aclarar cómo usaríamos el dinero que nos pagaron el día anterior; Jorge sugirió que lo repartiéramos, porque él estaba decidido a mandar todo lo que pudiera a sus jefes, yo acepté; me prometió que en poco tiempo iría a entregarles eso y más en persona, que si yo quería podía ir con él. Eso nos animó a trabajar con el doble o triple de esfuerzo; no perderíamos ni un segundo, empezando por lo que teníamos para vender del día anterior.

Así pasamos tres o cuatro meses; Jorge y yo trabajando aquí y allá; el Rata y el Taquete trabajando acullá. Los días eran aburridísimos, en aquel

cuarto no pasaba nada interesante que no fueran nuestros viajes sin aviones, y crudas que parecían torturas.

Jorge iba a ir a su pueblo en un par de días, y la invitación que me había hecho la reafirmó; él estaba más feliz que nunca, tenía muchas ganas de darle a sus padres lo que juntó trabajando de todo lo que pudo; llevarle a su jefa un par de zapatos, a su jefe una sudadera y otra a su carnal, ya las tenía guardadas al lado de la cantimplora donde a falta de pulque, ahora guardaba los billetes que ganaba.

El último día antes de ir al pueblo de Jorge, decidimos pedirle el carrito de supermercado a don Manuel; ya nos lo había prestado varias veces, así que no habría ningún problema. Yo ya quería estar en el pueblo de mi amigo y socio.

Le tocamos la puerta al Manu pero no salió; después de intentar dos o tres veces más decidimos salir así y trabajar en algo que no fuera recolectar cosas para reciclar; yo iba adelante y abrí la puerta que daba a la calle. No tenía ni medio cuerpo afuera cuando me derribó de un jalón un tipo de unos dos metros de estatura; Jorge salió de inmediato pero su suerte fue la misma. Ahí estábamos los dos, en el suelo, con unos gorilas poniéndonos sus rodillas en la espalda y sometiéndonos como criminales una vez más.

Era un cotorreo exagerado el que comenzó de repente; no los pude ver desde el principio pero allí estaban don Manuel, el Rata y el Taquete, inmovilizados de la misma forma que nosotros dos. Apenas me di cuenta de que eran ellos, y Don Manuel dio un grito que me sacó de onda: –¡Son ellos, llévenselos a ellos! Y nuestros amigos y compañeros de cuarto le hicieron segunda: –¡Sí oficiales, son ellos dos. Todo está en el cuarto donde duermen!

III

El tiempo que llevábamos en Milpa Alta, Jorge y yo nos quedábamos en distintos lugares: en un cuartito en medio de una obra negra, afuera del basurero del mercado, en el atrio de la iglesia que está a espaldas de la explanada de la delegación; todo dependía de lo pachecos que estuviéramos cuando nos agarraba la noche. La obra negra fue la que más usamos.

Un medio día, cerca de la explanada de la delegación, nos tuvimos que sentar enfrente de un rastro, porque doña Ximena no nos abrió la puerta y habíamos acordado ir a pintar la fachada de su casa.

Sentados en la banqueta, todo el aire apestaba a marrano y eso que no vimos ni un poli por ahí. Fuimos a la esquina de esa cuadra, checamos el lugar donde estaban los cerdos de cuatro patas antes de llevarlos al matadero. Mucha gente salía con cajas llenas de carne, sangre escurriendo por sus mandiles y botas de trabajo; llenaban las cajuelas de sus coches y las cajas de sus camionetas; eran los que vendían carnitas o chicharrón en el mercado. Jorge dijo que no comería cerdo en un buen rato, a mí se me antojaron unos cuatro o cinco tacos de carnitas, con salsa de molcajete.

Regresamos a la casa de doña Ximena, ahora sí nos abrió. Ella no era desconocida para nosotros... ni para muchos en Milpa Alta; era una de las prostitutas que se paraban debajo del letrero que da la bienvenida a esa delegación, pero sólo trabajaba ahí en las épocas del año en que no había nada en su putero.

En el día todos la criticaban, la señalaban y hasta la miraban como si fuera un monstruo, o como si fuéramos Jorge y yo; pero en las noches se convertía en la asistencia social de los esposos autocompasivos, y era en

realidad eso por lo que en el día la señalaban, porque ella sabía, de la boca de los clientes, los peores secretos de medio Milpa Alta.

Pasamos a su sala, nos invitó un pequeño almuerzo, después nos señaló dónde estaba todo lo que utilizaríamos para chambear. La fachada de su casa era el blanco de muchas agresiones; le pintaban con aerosol que se fuera de ahí, que era una puta, que la iban a matar, y otras pendejadas; a mí me parecía un abuso lo que le hacían a su casa.

Al segundo día de trabajo la fachada tenía que estar lista, pero en la madrugada habían rayoneado en lo que hicimos, y en la puerta principal había huevos crudos, tierra que según doña Ximena era de panteón, y no recuerdo que otras cosas; nos dijo que no era la primera vez que dejaban eso, pensaba que intentaban hacerle brujería.

Como a nosotros nos pagaba por día, al salir de su casa, antes de que llegáramos al puesto de taquitos de suadero para reponer las energías, decidimos invertir en una lata de pintura. En esa misma madrugada nos garantizaríamos el tercer día chamba.

Fue tanto nuestro gusto por la buenísima idea que tuvimos, que después de pintarrapear y regresarnos al terreno baldío no podíamos dormir; aquella vez ya nos urgía llegar al trabajo por la mañana. Pero no contemplamos que nuestra ideota tenía que ser casi perfecta, y como en la madrugada no tuvimos brochas, nuestras manos del mismo color que los garabatos en la fachada no eran precisamente evidencias de perfección; tuvimos que pasar las manos en la tierra, escupirlas, restregarlas, y al ver que eso no era suficiente, nos presentamos con doña Ximena con las manos otra vez tierrosas y la saludamos de lejos. Cuando pudimos sacar las cosas de

trabajo lo primero que hicimos fue empaparnos las manos con tiner, al medio día yo ya estaba bien chemo y hasta me quería aventar un mural en la fachada.

Hicimos la misma jugarreta dos veces más. Al principio era como si doña Ximena lo esperara, sólo maldecía a sus vecinos y enseguida nos daba la orden de volver a pintar, pero al cuarto día no le pareció gracioso; para nosotros fue pintoresco.

Doña Ximena nos puso a pintar dentro de su casa, gracias al empleo tuvimos dinero para quedarnos en un hotelucho, pudimos bañarnos y comer hasta quedar satisfechos; jamás nos faltó mota.

Terminamos el trabajo adentro y otra vez volvimos a la fachada; pintamos la mitad y nos fuimos de ahí, no sin antes dejar una brocha afuera. Al día siguiente doña Ximena estaba insoportable, mentaba madres a diestra y siniestra, después nos prometió que todos se arrepentirían de haberse metido con ella; la verdad es que ni atención le puse, yo estaba haciendo cuentas del dinero que podríamos seguir ganando en un par de semanas, si seguíamos con nuestra gran estrategia. Jorge volvió a invitarme a su pueblo, y si seguíamos con ese trabajo, a ese ritmo, iríamos pronto.

Terminamos por aquella vez, la verdad es que casi ni pintamos, echar a perder nuestro propio trabajo sólo era divertido a la hora de cobrar, no de volverlo a hacer. Pero doña Ximena ya no estaba dispuesta a que el siguiente día fuera lo mismo.

Cuando metimos las cosas a la casa, nos preguntó si nos interesaba otro trabajo; claro que nos interesaba, y más si podíamos echarlo a perder.

Como ella salía a trabajar en las noches y terminaba hasta el día siguiente, no podía vigilar su casa; nos propuso hacerla de veladores para que

nadie pintarrajeara nuestro trabajo. Le dije a doña Ximena que en caso de sorprender in fraganti a los rayoneadores lo más probable era tener que rifarnos un guante, entonces necesitábamos su palabra de que nos pagaría un poco más de lo que nos daba como pintores; además, Jorge la convenció que en caso de que llegara la policía y nos hubiéramos manchado en la madriz a los que arruinaban nuestro trabajo, ella saldría con las manos limpias; tanto era su enojo que nos prometió la triple paga en caso de darles recio y sin compasión a los “vándalos”.

Cenamos con nuestra jefa, platicamos hasta que dieron las diez de la noche, enseguida ya estaba lista para salir a trabajar. Jorge se ofreció para acompañarla, pero ella dijo que en esos días no era buen negocio ir a la entrada de Milpa Alta. Fue ahí cuando supe que era cierto el mito urbano de que la casa de doña Ximena también era putero.

Doña Ximena había heredado la casa que estábamos pintando, era enorme el terreno; en dirección al rastro tenía cinco cuartitos, supuestamente para rentarlos... sí lo hacía, pero no a cualquier persona. En esos pequeños cuartos dejaba que se quedaran las chicas que trabajaban con ella, los clientes más frecuentes, y amigos que necesitaran posada por uno o varios días; los baños estaban en el patio. Pasando el único lavadero que tenían en ese terreno, había una especie de portón que sólo ella podía abrir. Allí era donde trabajaban doña Ximena y sus amigas.

El portón era la puerta trasera del prostíbulo, aunque antes de llegar a él había más terreno baldío y una especie de bodega; los clientes accedían por la puerta que daba a la calle.

La acompañamos hasta el portón y nos regresamos; vigilamos toda la noche. Aquella vez fuimos los más fisgones del mundo. Se suponía que sólo

podíamos entrar al baño; Doña Ximena había cerrado su cuarto, pero no contó con nuestra paciencia y ganas de echarle un ojo a sus cosas prohibidas, nos turnábamos para intentar abrir su recámara, después de un par de horas (o tal vez más) lo logramos.

La verdad es que ni siquiera pensamos en robarle joyas o sus ahorros; lo que queríamos era oler sus tangas, ver debajo de su colchón, encontrar revistas porno, tal vez una que otra fotito de sus chicas de moral divertida, lo que saciara nuestro morbo.

No encontramos nada extraordinario, lo más chévere fueron sus tangas, unas sucias, otras limpias; ni juguetes sexuales ni fotos ni un diario, nada, sólo sus tangas; claro que cada quien se metió una a la bolsa del pantalón. Un poco decepcionados, nos salimos para continuar con nuestra vigilancia... pero antes, le pedí a Jorge que se adelantara porque yo tenía que pasar al baño. Por supuesto que eché a volar mi imaginación con doña Ximena y esa tanga que ahora era mía.

El sol ya estaba comenzando a calentar sabroso cuando doña Ximena llegó acompañada por una de sus amigas; lo primero que hizo fue revisar su fachada, nuestra presencia había funcionado, no había ni un rayón; nos invitó a desayunar, en unos quince minutos preparó huevo y café.

Cuando terminamos de desayunar, nos pidió que acabáramos de pintar algunos detalles ese mismo día, pero también nos dijo que podíamos dormir un poco antes de hacerlo. Quería ver pintada su casa por completo antes de irse a trabajar. Doña Ximena fue a dormir a su cuarto, su amiga se despidió, y nosotros dormimos en la sala. Como a las cuatro de la tarde nos levantamos, comimos, y de inmediato Jorge y yo nos pusimos a trabajar.

Mientras pintábamos lo que faltaba, doña Ximena salió del baño, se sentó en la sala, tomó una revista de chismes, prendió un cigarro y estuvo ahí un par de horas. Tal vez por tratarnos como ella lo había hecho, yo empezaba a mirarla con ojos de amor; estaba guapísima, sentada con un pants de licra, con el cabello húmedo, con un cigarro entre sus dedos y, además yo podía saborearla de vez en vez pues esa tanga que le robé la guardé por mucho tiempo más; le dije a Jorge que sin problema le devolvería el dinero si a cambio me dejaba quererla en ese instante, él propuso regresar por la noche, ya no como sus trabajadores sino como clientes.

Terminamos de pintar, metimos las cosas que ocupamos, le dijimos a doña Ximena que fuera a checar nuestro trabajo y salió; cinco minutos después nos estaba pagando lo último. Nos despedimos.

El plan para esa noche era bañarnos e ir al putero; yo quería estar con doña Ximena. Jorge, aunque él hizo la sugerencia de ir, parecía no estar tan convencido de gastar buena parte del dinero así, pero finalmente accedió y dijo que él pediría a la amiga que vimos en la mañana.

Eran las once de la noche y estábamos saliendo de un hotelucho donde nos bañamos, honestamente casi nada pudimos hacer por nuestro aspecto; las ropas que llevábamos eran las mismas con las que habíamos pintado, los dos teníamos los zapatos rotos, y mejor ni hablar de nuestro cabello; pero según nosotros sí nos veíamos más arreglados que otras veces, además de que no olíamos tanto a sobaco y teníamos un aliento menos putrefacto. Salimos.

Llegamos al putero, del lado de la calle como cualquier otro cliente. La chica que nos abrió la puerta me excitó de volada, no pasaba de los treinta años; le preguntamos por doña Ximena y nos dijo que no había nadie con ese nombre, pasamos y nos sentamos en unos bancos.

Después de unos diez o veinte minutos los nervios me dejaban sin aire; vi a doña Ximena saliendo de un cuartito, de la mano de un señor que semanas antes nos había dejado barrer su puesto de tacos, ni siquiera nos volteó a ver el señor, ni siquiera esperó a que le abrieran la puerta y lo despidieran.

La dizque recepcionista nos dio los precios; yo fui el primero en pagar, ahí estaba doña Ximena; había dos clientes antes que nosotros pero ellos esperaban a otras chicas. Con las piernas temblorosas le dije a la recepcionista y cobradora que quería estar con Ximena, la señalé.

La chica aquella me dijo que su nombre no era Ximena sino Myriam. De todas formas le pedí estar con ella; vino por mí y cuando me tomó de la mano no dijo nada, Jorge me deseó suerte con un tono burlón y pasé al cuarto de Myriam.

Lo primero que le dije fue que pensaba que quería orinar, eran muchos los nervios que tenía. Me senté en la cama (que por cierto parecía hamaca el colchón) para no demostrarle mi temblor de piernas. Ella me preguntó que por qué con ella y qué diablos hacía ahí.

Pero enseguida se apiadó y ya no preguntó nada más.

Me invitó a acostarme; ella se desvistió, se lavó, se secó y se recostó a mi lado; la verdad no me gustó tanto esa vez; mi soldado no podía estar en firmes, cuando por fin lo logré, Myriam me dio un condón pero se me cayó, ella abrió otro y me lo puso; me dijo que sólo duraba hasta que terminara yo; me preguntó que dónde quería estar; pensé que esa era una pregunta muy tonta ¿Qué, no estaba ahí con ella?

Terminé, creo. Myriam me ofreció un cigarro y lo prendió, nos vestimos, me tomó de la mano y me llevó a la estancia, cerca de la puerta principal. Esperé a Jorge algunos minutos.

Por fin salió Jorge, no pidió a la amiga que había llegado con Ximena en la mañana, la que eligió era muy guapa, era mucho más joven que Ximena. Salimos, nos acompañó a la puerta la misma chica que nos pasó y nos despedimos prometiendo regresar.

En el camino, Jorge no quiso hablar de cómo había estado todo con él, yo en cambio le conté con lujo de detalles: que seguro nadie se lo había hecho a doña Ximena como yo, y que tampoco había visto algo tan grande en su vida.

Unas semanas después, Jorge y yo íbamos rumbo al cuarto en construcción que usábamos para dormir, eran como las once de la noche; nos encontramos con doña Ximena, la pobre tenía un ojo morado y el labio inflamado.

Nos platicó que dos tipos se metieron al prostíbulo; después de recibir el servicio de las chicas se negaron a pagar la cuenta, según ellos era una exageración. Nos propuso trabajar con ella en el putero.

Seríamos los sacaborrachos; además de nuestra paga, doña Ximena nos ofreció quedarnos gratis en uno de los cuartos que rentaba, estaba asustadísima y de verdad le urgía tener algún tipo de seguridad. No dudamos en aceptar su oferta.

Fue el trabajo más divertido que tuve en mi vida; me pagaban por ver chicas paseándose en lencería, echarme una que otra cubita para el frío, fumar cuanto quisiera y lo que quisiera y, para rematar, ahí estaba Jorge;

terminábamos nuestro dizque trabajo alrededor de las cuatro de la madrugada. Hubo ocasiones, después de un tiempo, cuando Jorge y yo ya teníamos dinero y nuestro aspecto no era tan deplorable, que alguna chica del putero aceptaba quedarse a dormir con nosotros. Doña Ximena todavía se aventaba la puntada de pagarnos extra si algún cliente se ponía loco y teníamos que descontarlo.

Una noche que Jorge no fue a trabajar porque estaba muy enfermo, llegó al prostíbulo el policía que lo había violado.

El puerco me saludó en la puerta, pasó y tomó asiento junto con un tipo que lo acompañaba; los dos pidieron una cerveza y esperaron el turno para pasar con las chicas que habían escogido. Yo, aunque cuidaba la puerta, siempre estuve atento a todo lo que hacía el pinche policía. Por fin llegó el turno del marrano y pasó con doña Ximena, o Myriam. Yo seguía en la puerta; después de una hora salió el cuico y su amigo, se despidieron y nos deseamos las buenas noches mutuamente.

Cuando terminamos de trabajar, le pregunté a doña Ximena que si su último cliente de la noche (el policía) era un cliente frecuente; me respondió que hacía mucho que no lo veía, pero que no era la primera vez que le daba sus servicios.

A la mañana siguiente, con Jorge aún enfermo y yo desvelado, en el desayuno le conté a mi amigo que vi a uno de los policías que nos golpearon cuando recién llegamos a Milpa Alta (siempre preferíamos decir que lo golpearon y no que lo violaron).

Desayunamos, y cuando estábamos terminando el cigarro obligatorio después de cada comida, Jorge finalmente retomó lo del policía; no le mentí, le dije que estuvo con doña Ximena y que otro tipo lo acompañó.

Jorge, aunque ya podía ir a trabajar, prefirió hacerse el enfermo un par de días más, los dos sabíamos el motivo real, no lo presioné, fue a trabajar cuando estuvo listo.

Un viernes o quizá sábado, acompañado de otros dos tipos llegó el mismo policía, ninguno de ellos era el que a mí me golpeó, los tres estaban muy borrachos; nos saludaron y yo le respondí el saludo como con cualquier cliente. Jorge se quedó sin habla.

Mientras esos tres cabrones estaban adentro, mi compa temblaba, chance por miedo o por coraje, seguro que quería vengarse. Prendimos un cigarro y a la segunda bocanada Jorge comenzó a llorar, intenté calmarlo y me dio un empujón que me mandó de nalgas a la banqueta; me levanté, él se fue a la casa.

Me quedé chambeando, después de un par de horas salió el pinche policía y sus amigos, doña Ximena los acompañó a la puerta y los despidió; cuando me desearon las buenas noches no respondí nada, Ximena me reprendió.

Finalizó el trabajo, me fui en chinga, llegué al cuarto y Jorge ya estaba dormido, recuerdo que encendí un cigarro y me recosté. La mañana siguiente Jorge no estaba en la casa, lo busqué en el mercado, en casa de Ximena, en la obra negra donde nos quedábamos a veces, en el atrio de la iglesia principal. No lo encontré, me puse una peda asquerosa; llegué al trabajo sólo para seguir pisteando.

Al segundo día de trabajo sin Jorge, doña Ximena me vio solo en la puerta discutiendo con un señor que quería entrar con una cerveza; aunque intenté no hacer un escándalo, no logré que el señor se calmara, la escenita

aquella duró un buen rato, hasta que otros clientes ayudaron a tranquilizar al ruco.

Por fin se fue el viejo que armó el cotorreo, doña Ximena muy molesta me preguntó por Jorge; le dije que trabajaría yo solo, ella explotó contra mi amigo, diciéndole irresponsable, vividor, malagradecido y que no se molestara en regresar, que yo se lo dijera y que si yo quería irme con él, ese era el momento. Le respondí que no se preocupara, que mi amigo ya no estaba en casa y que todo había sido por uno de sus putos clientes. La mandé a la chingada y le dije que cuando regresara de putear, su cuartito estaría libre.

Llegué a casa y perdí todo el tiempo del mundo dizque acomodando mis cosas. La neta es que mis cosas de valor cabían en una mochila y, si acaso, una bolsa de supermercado; por ahí de las tres de la madrugada o a las cuatro, se escuchó que llegaba doña Ximena a su casa y me dijo que nos dejáramos de pendejadas, que habláramos en la mañana. Regresé al cuarto.

Al día siguiente, en el patio, mientras fumaba y desayunaba una dona de chocolate, llegó doña Ximena y comenzamos a hablar de lo que pasó la noche anterior; eso no nos llevó mucho tiempo y me preguntó por Jorge. Le expliqué que la noche en la que mi amigo no fue porque estaba enfermo, llegó al putero un policía que lo había violado, que por eso faltó más días de los que en realidad necesitaba para recuperarse, y que hacía un par de noches el policía volvió a ir al prostíbulo. Doña Ximena de inmediato supo de quién estaba hablando; me dijo que su nombre era Andrés.

Me propuso “chingar” a Andrés; me confesó él fue quien la adentró a eso del sube y baja de calzones: cuando vivía la mamá de doña Ximena tenían dos puestos de frutas y verduras en el mercado, y a penas se quedó sola, Andrés le hizo la vida imposible, primero acosándola y después cerrando sus

puestos argumentando que vendía coca; un día que la encontró caminando sola la subió a la patrulla y abusó de ella como con Jorge, en un cerro; después se la ponía a sus cuates, y finalmente terminó por padrotearla casi tres años, hasta que doña Ximena llegó al acuerdo de pasarle una feria de lo que ganara con sus chicas fue que Andrés la dejó en paz, pero ella siguió con esa vida.

Ella le hablaría para decirle que tenía una chica nueva en su putero; a Andrés le encantaba ser el primer cliente de cualquiera de ellas. Por si fuera poco, en ese momento se le antojó un cigarro, pero no de los que yo fumaba, así que me mandó por la cajetilla que tenía en un compartimiento de su mesita de centro. No había ninguna cajetilla, doña Ximena tenía un revolver y unas diez balas más o menos.

IV

Los días que me quedé solo volví a tocar la guitarra, de hecho doña Ximena me la prestó. Lo de emboscar a Andrés lo postergamos para cuando lo planeáramos mejor, la verdad es que a mí no me parecían enchiladas como a doña Ximena sí; él siempre estaba acompañado por dos o más amigos o policías, siempre tenía un arma y además los dos sabíamos de lo que era capaz Andrés.

Un día que fui al mercado a comer, Claudia entró a mi vida. En el mismo puesto donde yo ya estaba por terminar mi comida corrida, ella estaba haciendo su pedido para llevar; minutos después, al momento en que le entregaron su orden, yo estaba pagando mi cuenta.

Siempre fui torpe con las mujeres, pero en ese momento ya no tenía tanta inseguridad para hablarle a una chica como Claudia, mi aspecto ya no era tan lamentable como antes, y en la bolsa tenía dinero para invitarle algo de tomar. Ella estaba haciendo sola sus compras; aparte de la comida que le acababan de entregar, llevaba una bolsa de mandado llena de frutas y verduras, así que viéndola a los ojos le dije que con mucho gusto le ayudaba a cargarla. Claudia de inmediato me dijo que no me molestara, que ella podía sola; di media vuelta y me fui.

Estuve por el mercado baboseando un rato; sin Jorge acompañándome a todos lados el tiempo pasaba más lento; ya no tenía con quién platicar de pendejadas, con quién fumar o echarme unas cervezas. Me senté en una banca para ver a las chicas que pasaban y a una que otra doñita que estaba de buen ver, así lo hacía con Jorge cuando comíamos en el mercado, fumando mientras morboseábamos el andar de las mamitas y mamacitas; saqué un cigarro.

El fuego siempre lo traía Jorge, y los días que mi amigo desapareció tuve que comprar un encendedor o cerillos casi a diario; ese día tampoco llevaba conmigo lumbre, tuve que levantarme en busca de algo para prender mi cigarro, lo más próximo era un puesto de revistas; en aquel puesto el viejito tenía un encendedor colgado de una agujeta para quienes le compraban tabacos sueltos; además era un buen pretexto para ver, y quizá comprar, literatura pornográfica.

A un costado de aquel puesto de revistas había una base de taxis; yo ya le estaba dando unas bocanadas a mi cigarro y vi que Claudia esperaba a que el semáforo le diera el paso, seguro iba a abordar un taxi, ya llevaba más bolsas y apenas podía con todas. Yo seguí fumando, la miraba desde el puesto de revistas fingiendo que leía una de política.

Cruzó la calle; malabareando con sus bolsas le pidió a un chofer de taxi que se detuviera, pero como había personas haciendo fila en el sitio, el chofer le señaló que se formara; le faltaban unos cuantos metros para llegar a la fila, y se le comenzó a escurrir caldo del guisado que había pedido donde yo comí.

Aunque Claudia me pareció una chica muy guapa desde un principio, también me pareció muy payasa por no dejar que le ayudara, así que me divertía un poco verla sufrir con sus bolsas; pero desde donde yo estaba, pude ver a un chavo de mi edad que esperaba a que pasara un coche para cruzar la calle, noté que iba con la disposición de auxiliarla; así que pensé en darle una segunda oportunidad a la pobre, de que tuviera la suerte que un galán como yo la rescatara antes que ese chango que seguro era un patán.

Me acerqué guiñándole un ojo, para que supiera que no había rencores; lo primero que le dije fue que ahora sí, por favor, me dejara ayudarle;

que no tenía que darme nada a cambio y que tampoco se preocupara de que me robara algo, que era imposible correr con ese peso. Ella entendió.

La malvada me dio a cargar la bolsa más pesada; el tipejo que iba a su auxilio se quedó mirando un par de segundos, volvió a subirse a la acera y siguió su camino; el viejo de los periódicos encendía un cigarro al mismo tiempo que se iba el último taxi que esperaba turno para trabajar; un perro esquelético se acercó para lamer el caldo que a Claudia se le había derramado.

Llegamos a la fila de taxis, dejé en el suelo la bolsa, giré hacia donde estaba Claudia para hacerle la plática, y ahí vi sus ojos color miel, las dos veces que pude hacer que sonriera le brillaron más, también se le hacía un hoyuelo en la mejilla izquierda y encogía los hombros; pero nunca sentí que retirara por completo su desconfianza.

Un par de familias esperaban turno antes que Claudia, cuando por fin ella abordó un taxi, me agradeció de palabra y nomás me dijo adiós moviendo su mano de un lado a otro, ni siquiera me regaló un beso en el cachete, pero ahí me dijo su nombre. Regresé a las bancas de la explanada, vi uno que otro pantalón ajustados caminando como haciendo buches. Casi cuando iba a oscurecer regresé a casa.

Todos los días de la semana siguiente fui al mercado a desayunar y a comer, pero de Claudia ni sus luces; supongo que aquel día que la conocí aprovechó para surtir su despensa y no ir diario al mercado.

Cuando menos lo esperaba, en una tienda del centro de Milpa Alta, mientras compraba mis cigarros, Claudia llegó acompañada de su madre, fingió no verme. Yo ya tenía mis cigarros y ellas habían pedido no sé cuánto

de jamón, de queso, y otras chácharas que comemos los flojos. La señora salió para saludar a una amiga.

Tenía que aprovechar el tiempo que su madre estaba güiri güiri; saludé a Claudia, escondí mis cigarros, pedí una bebida rehidratante para que viera que quizá yo era un deportista (panza de nudo de sogá, brazos de agujeta, piernas de flamenco, pero deportista quizá).

La semana siguiente comenzaba la feria del nopal, en esa feria siempre hay baile. Ella pensaba ir con sus amigas. Cuando le pregunté que si en caso de encontrarnos ahí podría bailar una vez con ella, su bendita madre la apresuró; no me respondió si bailarían conmigo, pero me dijo que nos veíamos ahí.

Yo tenía (tengo) dos pies izquierdos, hasta al mover mi cabeza al ritmo de rock parecía más bien un gallo picoteando maíz. Dos días después le pedí a una de las chicas que trabajaba en el putero de doña Ximena que me enseñara a bailar cualquier cosa, de preferencia banda, esos grupos nunca faltaban en aquella feria, ella accedió y me dio mi primera clase un día que casi no había clientes, en el dizque vestíbulo del puterillo.

Por ahí de la una de la madrugada, después de media hora de clases, la chica se rindió; le había platicado lo que le propuse a Claudia y, amablemente me sugirió llevarla al cine o a cenar, nada de lugares en donde a Claudia se le pudiera antojar bailar. Me dijo que la primera impresión contaba mucho, y que parecer poseído por satanás al ritmo de chun-ta-ta, no era muy seductor que digamos.

Al día siguiente le pedí a doña Ximena que me enseñara a bailar, era el día en el que ella y sus amigas no trabajaban; dijo que sí. Comimos juntos

en su casa y ahí, en su sala, puso un disco de banda, y mentalizada en que iba a intentar coordinar los pies y manos del más arrítmico del mundo, comenzamos.

Después de un par de descansos y como tres horas de intentar bailar aunque sea una canción, lo logré (medio lo logré), así que ella propuso intentar con otro ritmo; para eso, en los descansos habíamos ido a la tienda por cervezas. Doña Ximena tenía unas ganas tremendas de mover el tambo, tal vez porque después de varios años, yo era el primero con el que bailaba y no intentaba agarrarle las nalgas ni las chichis; de verdad era divertido.

Estuvimos bailando, bebiendo, platicando y descansando casi todo día; mientras platicábamos en la sala de Ximena, yo en el sofá y ella en frente de mí, sentada en su mesita de centro, nos robamos un beso; me desnudó mientras me peinaba; la desnudé, la senté en el sofá, a mi lado. Dormimos toda la noche juntos, la abracé como nunca había abrazado a nadie, me abrazó como protegiéndome de todo; cuando despertamos no hubo reproches, cada quien encendió un cigarro, desayunamos juntos y ella subió a dormir más, yo me fui al cuarto donde me permitía vivir, me recosté con la guitarra encima de mí, así me quedé dormido hasta la tarde; cuando fuimos a trabajar, nos veíamos sin vergüenzas (más sinvergüenza yo), como agradeciéndonos la noche que nos regalamos.

Llegó el día del baile en la feria, en el que seguro estaría Claudia con sus amigas, yo no tenía con quién ir, por un momento pensé en quedarme en casa; pero finalmente me vestí con pantalones de mezclilla, camisa medio grupera, un sombrero que Jorge había dejado, y salí decidido a encontrarme con ella. Cuando llegué, lo primero que quise fue comprarme una michelada,

pero no estaba seguro si eso le molestaría a Claudia; así que encendí un cigarro, me lo acabé y me metí cuatro o cinco chicles de menta de un jalón.

Estuve parado, mirando en dirección hacia donde toda la gente entraba al baile; después de otros dos cigarros y quizá diez cajitas de chicles, llegó Claudia, entró sonriendo con su amiga; un tipo medio elegante se les emparejó de inmediato.

Estuve un par de horas fumando más, hasta conseguí un churruto para los nervios, sólo los veía de lejos; ellas se turnaban para bailar con el tipejo que las acompañaba; ese cabrón abrazaba de una forma más cariñosa a Claudia. Se me terminaron los chicles y fui directo al puesto de las micheladas decidido a emborracharme un poco, conocer a alguien para que cuando Claudia me presentara a ese wey, yo le presentara a la chica como mi novia.

Después de cuatro o cinco micheladas grandes, decidí ir en busca de Claudia; lo de llegar acompañado era lo de menos, en el camino escogería a cualquiera. Jorge decía que los borrachos somos más atractivos para las mujeres, entonces, ninguna se negaría a la gran oportunidad de presentarla como mi novia.

Primero lo primero: escoger a la suertudota de mi novia exprés. Claudia y su compañía no se movieron del lugar donde se pararon desde un principio; tuve que rodear la pista de baile, y mientras lo hacía, zigzagueaba entre las personas borrachas, al mismo tiempo iba calificando a las chicas, hasta ese momento nadie estaba a la altura de un tipo como yo: con sombrero, vestido súper fashion, con una cerveza en una mano y en la otra un cigarro, demostrando mi hombría escupiendo cada cinco pasos; no había forma de fallar.

Por fin vi a alguien digna de mí, tenía una cinturita que podía rodear con mis manos sin esfuerzo, unas nalgas que podían cargar una cerveza, unos pechos que podían servir como bolsas de aire, cabello rizado adornado con una texana, en fin, era un diez en mi escala; ella sería la afortunada en acompañarme a provocar los celos de Claudia. Tiré el último trago de la cerveza, le di una bocanada al cigarro, me limpié los labios y me metí dos chicles de menta masticados que había guardado en mi pantalón.

Cuando me puse de frente a esa chica, intenté invitarla a bailar, ya me sentía chingón: “bues nochs ¿quies blar?”; acto seguido, la chica dio un paso atrás, como si de mi boca saliera fuego; le extendí la mano y me dijo que no traía dinero; cuando estaba a punto de volverle a pedir que bailáramos porque seguramente no escuchó bien mi oferta, pues lo más probable es que la pobre estuviera borracha, se nos acercaron dos tipos que venían con ella y me dijeron que siguiera caminando; me perdió.

Seguí en busca de otra afortunada, pero sin darme cuenta llegué hasta donde estaba la amiga de Claudia y el tipo con el que fueron al baile. Claudia ahora estaba bailando con un wey que no había visto antes, decidí quedarme ahí, no porque no pudiera caminar, sino porque el frío entumeció mis piernas; pasaron casi diez minutos y Claudia llegó donde estaba su amiga y su noviecete.

La malvada fingió no verme, esa era una afrenta que no estaba dispuesto a tolerar; entonces me acerqué, tomé de la mano a su amiga y ni le pedí permiso para bailar, como se sorprendió al tener a un galán como yo a su lado, dio un pequeño grito; en ese momento vi que el noviecillo de Claudia se dirigió a nosotros con una cara de maldito judicial, con la mano cerrada, como

si fuera a darme un puñetazo y... de pronto se fue la luz, también el sonido del baile.

Sólo recuerdo que estábamos en la entrada principal, ya afuera; Claudia, su amiga, y el pinche loco ése sosteniendo un hielo en mi cachete, yo estaba tomando un descanso en la banqueta, seguro fue de tanto bailar.

Me levanté, pedí que me dejaran sostener el hielo solo y pregunté qué había pasado; nadie me dijo nada. Acompañé a Claudia a su casa, donde su amiga iba a quedarse; su dizque defensor abordó un taxi apenas llegamos, ni se despidió de mí.

Era la oportunidad de hablar con Claudia ahora que el borracho ése no estaba y su amiga había ido al baño con urgencia. Comenzó por pedirme una disculpa a nombre de su amigo, según ella, él pensó que yo estaba agrediendo a su amiga; hasta ese momento entendí, sin lugar a dudas, que ese cabrón me descontó alevosamente, pero estaba dispuesto a olvidarlo si me iba bien con ella.

Yo le pedí disculpas por no estar a su lado en el baile, antes del descuentón; me dijo que era una lástima no haber podido bailar conmigo, no pude negarlo, sí fue una lástima. Diez minutos después de una plática de la que no recuerdo mucho, me atreví a invitarla al día siguiente a comer, me dijo que no, pero que apuntara su número para ponernos de acuerdo y salir otro día; yo no tenía celular, pero no iba a dejar que pensara que era un pobre cavernícola, así que me inventé un robo, pero que al día siguiente tenía pensado comprar uno; ella me apuntó su número en un papelito que sacó de su bolso y se despidió.

Recuerdo que al día siguiente fui a comprar un celular, sin importarme que valiera más de lo que tenía pensado; adquirí un teléfono digno de una persona de provecho; por ello, toda esa semana, mi dieta se limitó a papas con huevo, huevo con papas, y papas a huevo, pero no me importó, lo realmente importante es que pude hablar con Claudia y mandarle mensajes diario, mismos que me eran correspondidos con xoxo's y guiños de punto y coma.

Dos semanas después de aquel baile volví a verla, el punto de encuentro habíamos acordado que fuera la explanada de la delegación, la hora no la recuerdo, pero debió ser entre las siete u ocho de la noche porque la idea era cenar.

En Milpa Alta no había restaurantes elegantes, ir a cenar significaba ir por tacos insípidos en algún local, sin el exquisito sabor a mugre de los puestos callejeros, además de que eran más costosos. Nos sentamos en una mesa del fondo y decidimos compartir un alambre; no podía haber algo más romántico que eso: los dos comiendo de un mismo plato, cada quien su taco, pero compartiendo el plato. Quizá nuestras manos se rozarían cuando al mismo tiempo las acercáramos para tomar una porción y echarla a nuestras tortillas; y en ese momento, después del roce, ella me vería a los ojos, y yo simplemente tendría que acercarme para besarla y ser felices por siempre.

De pronto, volteé hacia la pared donde tenían los precios, me faltaba dinero para pagar la cuenta del alambre, los refrescos, y el pastelito que Claudia me dijo que compraría de postre.

En fin, traté que el minúsculo problema del dinero no echara a perder mi oportunidad para besarla; era el momento de aquel roce de manos que daría principio a nuestra gran historia de amor, nada más.

Una hora más tarde tuve que pedir la cuenta, nunca hubo ese roce de manos, ni siquiera hubo un cruce de miradas ni una sonrisa que me invitara a besarla. Mi logro más chingón fue que Claudia dijera que me porté muy lindo cuando le ayudé con sus bolsas, y que me veía muy simpático el día del baile; sí, lindo como un cachorrito y simpático como payaso, sólo eso conseguí; pensé que eso era causa suficiente para dejarla con la cuenta.

Sugirió pagar la mitad, claro que caballerosamente me opuse a esa idea en voz alta, pero en pensamiento rogaba que insistiera otra vez; el poder de la mente hizo lo suyo y nos fuimos a michas; eso sí, con la promesa de que la próxima vez yo invitaba por completo. Libré el problema del dinero y ahora tenía que acompañarla a su casa.

El siguiente mes nos vimos cada sábado para comer y hacer sus compras para la despensa, uno que otro día entre semana comíamos cuando ella salía de la escuela; era como si tuviéramos el acuerdo de ser novios, ya nos besábamos, nos tomábamos de la mano y todas esas cursilerías.

Pero llegó la plática en la que Claudia quiso saber de mi vida, a qué me dedicaba; ya le había dicho que no estudiaba ni vivía con mis padres; cuando le dije eso por primera vez ya no preguntó más, tal vez pensó que podría incomodarme, pero ahora era el momento de adentrarnos más en la vida de cada quien y ser honestos el uno con el otro; así que le dije que rentaba un cuarto en Milpa Alta y que trabajaba de velador en Xochimilco.

Claudia me creyó eso de ser velador; del cuarto donde vivía no hubo necesidad de mentir, pues el putero tenía la entrada principal a la vuelta de la calle, simplemente pensó que era un chavo que estaba solo, y así era.

Yo de verdad estaba enamorado, no hubo día en el que no quisiera robármela y vivir con ella, después caía en la cuenta de que era ridículo que un tipo como yo tuviera una familia, apenas sobrevivía solo.

Un día fui con Claudia a comer; cuando nos vimos aún llevaba una carpeta que utilizaba en la escuela, iba vestida con un pantalón blanco, el que mejor le quedaba. Llegamos a un local de tortas y hamburguesas, nos sentamos de frente a la entrada, podíamos ver todo lo que ocurría en la calle, aunque en realidad, en Milpa Alta no pasaba nada extraordinario frecuentemente, era como vivir en uno de esos pueblos apacibles que sueñan los adultos para cuando se jubilen. Platicando con ella de cualquier cosa, reconocí a Jorge, pasó por la otra acera con un cigarro en la mano, con la cabeza agachada y medio arrastrando sus pies.

Dejé a Claudia con la palabra en la boca y fui por mi amigo; él me reconoció apenas salí del local, se detuvo y cruzó la calle.

Nos saludamos con la alegría más honesta, pero no con cursilerías, los abrazos y besos entre hombres, preferíamos dejarlos para los maricones... a menos que estuviéramos pedos y nadie nos viera podíamos abrazarnos, pero no como locas sino como machos.

Cruzamos un par de palabras y Claudia por fin salió, se acercó y Jorge me avisó de su presencia; la presenté como mi novia, por primera vez hice eso, darle la etiqueta de novia; a Jorge lo presenté como a mi hermano; Claudia de inmediato me miró con un gesto de asombro, como si no creyera lo que le acababa de decir, pero antes de que imaginara cosas le aclaré que era mi hermano pero no carnal... o más bien sí era mi carnal pero no mi hermano... que éramos carnalísimos pero no nos parió la misma madre. Los tres regresamos al local para papera algo.

Jorge me acompañó a dejar a Claudia, él se quedó en la esquina más próxima mientras yo me despedía. Cuando íbamos de regreso a nuestra casa, le conté cómo la conocí. Yo no le pregunté nada.

Llegamos a casa y fue como si Jorge jamás se hubiera ido; en la noche regresó a trabajar al putero, doña Ximena no le cuestionó nada, se limitó a darle la bienvenida, igual que las chicas que trabajaban ahí.

Los siguientes días Jorge estuvo contento en la casa y en el trabajo; a veces nos acompañaba a Claudia y a mí al mercado, en un baile también fue el chicle; no es que me molestara la presencia de Jorge, es que Claudia era más reservada cuando mi amigo nos veía; de por sí que mi novia sólo era de besos hasta ese momento, y ahora con un mal tercio, tenía que guardar su lugar de chica de familia; aun así, gracias a mi ingenio, sucedió lo que todos los hombres quieren cuando comienzan un noviazgo con la chica más hermosa del mundo, bella por dentro y por fuera, con la que seguro será la madre de nuestros hijos, con la que seguro creceremos y envejeceremos compartiendo nuestras vidas, a la que le seremos fieles por siempre, la que ilumina el oscuro camino de nuestra vida: cogimos sin condón (privilegio de novio formal).

Perdí la cabeza por mi Claudita, y Jorge lo entendía; cuando salíamos a comer los tres, mi amigo se quedaba dando la vuelta por ahí un par de horas, mientras Claudia y yo reposábamos la comida en mi cama.

Yo no podía estar mejor: mi amigo y socio de vuelta en casa, una novia muy guapa que me adoraba, y un trabajo muy divertido y bien pagado; mi vida era perfecta, no me hacían falta lujos, sobrevivíamos comiendo dos veces al día, con el chupe que teníamos en el putero y con una cajetilla de cigarros casi diaria, (la mota ya no era un gasto porque tuvimos una plantita

en esos días); era un triunfador según yo. Un buen día Claudia llegó con que sus papás me invitaban a comer.

Mi carnal no dejaba de estar feliz por mí, hasta me regaló una camisa dizque picuda para ir a comer con mis suegros. La comida era un viernes, yo tenía que ir a trabajar en la noche, pero Jorge me dijo que no me preocupara, él le inventaría algo a doña Ximena, que sólo me concentrara para que todo saliera bien con mis suegros, iba a estar con ellos desde las cinco de la tarde.

Llegué a casa de Claudia muy puntual; sólo estuve con mi suegra, una tía, y dos primas de Claudia. Todo salió muy bien.

Lo primero que hice al llegar a mi casa fue recostarme, satisfecho por cómo había librado aquella cita, ya eran las once de la noche más o menos. Jorge llegó del trabajo en la madrugada; lo esperé para contarle de mi aceptación en la familia de Claudia; él, como un excelente amigo, me escuchó durante un par de horas, aguantó que le repitiera una y otra vez lo mismo; estoicamente nunca me calló, nunca me dijo que después le contara, nunca me dijo que tenía sueño o estaba cansado por el trabajo, se comportó a la altura de un buen amigo.

Ahora salía casi a diario con mi novia, pasaba por ella a su escuela, la acompañaba a todos lados, hasta me aventé la puntada de ir un domingo a misa con ella y mi suegra.

Mi novia, en plena comida junto con mi amigo, me invitó a festejar el cumpleaños de su mamá, a Jorge le hizo la misma invitación, pero él de inmediato le dijo que lo disculpara, que ese día no podría ir (ya cuando estuvimos solos, Jorge me dijo que no tenía ningún compromiso, pero no quería ser un chicle otra vez). Más por el compromiso de mi noviazgo que por

ganas de convivir con su familia, acepté la invitación. Aquella cita era en un par de días.

Fue un sábado el festejo de mi suegra, aunque en realidad cumplió años un día antes. Fuimos a las trajineras de Xochimilco. Claudia me citó a las siete de la mañana en la explanada de la delegación.

Cuando salí de mi casa, tenía unas ganas enormes de fumar, no lo hice; a mi novia no le gustaba que fumara, y menos muy temprano, así que me quedé con el antojo de mi cigarro matutino.

Claudia llegó cinco minutos tarde; nos saludamos con un beso veloz, de esos sin pasión y que se justifican diciendo que sólo es un beso de saludo.

La abracé y nos fuimos caminando, cuando llegamos a la esquina de su casa se escuchó un claxon, había tres coches esperando a mi novia.

La ingrata me hizo correr media cuadra para subir al coche que había sonado la bocina, no reconocí a nadie, y Claudia, todavía más ingrata, se fue en otro auto. Resultó que en el carro donde yo iba estaban tres primos de ella; la verdad es que me trataron muy bien, hasta pude fumar tantita mota en el camino.

Llegamos a Xochimilco, ya había dos coches más, de familiares que no vivían en Milpa Alta; Claudia de volada fue por mí, no me presentó con nadie; los jóvenes nos deslindamos de los preparativos, fuimos a caminar.

Todos teníamos que estar a las doce de la tarde para festejar a mi suegra; durante el paseo de los huevones que no quisimos ayudar, mi chica se tomaba el tiempo para no descuidarme; es decir, siempre estuvimos tomados de la mano y cualquier momento era bueno para abrazarnos y besarnos.

A las doce en punto todos estábamos listos para abordar una trajinera, la familia ya tenían todo preparado para el festejo; un tipo flaquísimo era el capitán de “La Guadalupe”. Los mayores fueron los primeros en subirse a la trajinera, Claudia y yo fuimos los últimos en abordarla; mi suegra estaba al otro extremo de la humilde embarcación.

Mientras todo eran bromas y risas, yo pensaba que de un momento a otro mi novia me presentaría por fin con su papá; el señor me pareció simpático cuando pasó frente de mí al subir a la trajinera, pero no me saludó por ayudar a mi suegra a subir.

Después de la comida, la familia de Claudia comenzó a beber; había un par de botellas de tequila, un cartón de cervezas, cajetillas de cigarros por toda la mesa de “La Guadalupe”. Un trío musical que ofrecía su trabajo desde otra trajinera amenizó el festejo de mi suegra durante una hora.

Los primos de mi novia se divertían contándome historias de mi suegro (según ellos era chido): de cuando les daba su domingo por ir por su cerveza sabatina, o de cuando se electrocutó adornando un árbol navideño.

Ya que las botellas de tequila estaban por terminarse y de las cervezas sólo quedaban los envases vacíos, una de las tías de Claudia comenzó a pedir discursos improvisados para la festejada. La primera en decir unas palabras para mi suegra fue mi novia, y después de agradecerle lo chida que era como madre, Claudia le mandó un beso desde donde estábamos; todos en la trajinera aplaudieron. Después, la misma tía que hizo que mi novia le dedicara unas palabras a mi suegra, sugirió que también el yerno dijera algo; entonces hice gala de mi pobre lenguaje y dotes cantinflecas; aún así me gané los aplausos de todos.

Las hermanas de mi suegra y algunos primos de mi novia también le dedicaron un pequeño discurso a la festejada. La mayoría de los pasajeros de “La Guadalupe” dijimos algo.

Sólo faltaban las palabras del esposo y terminábamos con esos tartamudeos ridículos. Tomando una botella semivacia de tequila, se levantó lo que para mí era una panza vestida de rojo hasta entonces: Andrés.

El señor que ayudó a mi suegra a subirse a la trajinera y la abrazaba de vez en cuando sentados en la trajinera era un tío de Claudia.

Mi suegro resultó ser Andrés.

Al instante me atraganté con unas papas, comencé a temblar y, por primera vez desde que la conocí, tuve la necesidad de alejarme de Claudia.

Mientras Andrés agradecía a todos por estar ahí festejando a su esposa, y le decía a mi suegra cuánto la quería, yo recordaba que él había violado a Jorge. No era posible que una mierda de persona como él fuera tan respetado y querido por toda la familia de mi novia.

Me dieron ganas de vomitar, y al mismo tiempo me faltaba aire. Pidiéndole permiso a Claudia al mismo tiempo que la hacía a un lado con mi brazo, salí de ahí, ella era la última de la mesa. Tropecé con la banca y tiré algunos vasos. Eché a perder un poco el discurso de Andrés.

Me disculpé al momento, pero la familia de Claudia ya me estaba abucheando y le decían que no me dejara tomar ni una cerveza más. Con sólo cuatro o cinco pasos llegué al extremo más cercano de donde estaba, el más alejado de Andrés. Respiraba con desesperación, Claudia me alcanzó e intentó ayudarme pensando que estaba borracho. Le pedí que regresara a la mesa.

Mi novia seguía insistiendo en darme de beber agua y me repetía una y otra vez que respirara hondo, que por favor aguantara para no vomitar en frente de sus padres; le dije que se fuera a la chingada. Fue nuestra primera pelea.

Ella regresó y por fin me quedé solo; así estuve casi diez minutos, Andrés ya se había ganado los aplausos de todos por su discurso, después regresé a mi lugar, mi novia no volteó ni a verme; así se nos acabó el tiempo en la trajinera.

Yo fui el primero en bajar de “La Guadalupe”, cuando Claudia lo hizo, pasó frente sin pelarme. Todos íbamos a donde estaban los autos en que llegamos, en ese momento aprovecharía para irme por mi cuenta. De repente, Andrés me tocó el hombro, giré y su apeste a alcohol me asqueó aún más; ese cabrón tuvo el descaro de preguntarme si necesitaba algo para apaciguar mi malestar; antes de responderle, un primo de Claudia me abrazó y no me soltó hasta que llegamos al coche, no pude alejarme para regresar por mi cuenta.

Por fin llegamos a casa de mis suegros, y aunque me invitaron a seguir el festejo, les dije que prefería ir a descansar. Claudia me acompañó hasta la delegación, pero en el transcurso no cruzamos ni una palabra. A punto de despedirnos sin habernos tocado, me preguntó por qué le había contestado tan grosero; le pedí perdón, aunque de todas formas no nos besamos ni en la despedida.

Jorge aquella vez comió en el mercado, así que nos encontró cuando mi novia estaba por irse, se saludaron como siempre (ella disimuló nuestro enojo), bromearon entre ellos. Claudia le platicó que el naco de su novio nunca se había subido a una trajinera y se mareó, Jorge le decía que el wey de su amigo, una vez se mareó en los columpios.

Claudia ya tenía que regresar a su casa y no la acompañé, nosotros nos quedamos en la delegación fumando; mi amigo, como siempre, y esperando una respuesta más detallada de la que le di, me preguntó por el paseo con mi familia política. Le oculté quién resultó ser mi suegro.

Jorge en esos días era el mejor de los amigos. Yo era un puto traidor, volví a comer con Claudia y su familia muchas veces; no es disculpa el hecho de que adoraba a mi novia, pero llegué a tolerar la presencia de Andrés, le respondía sus preguntas con una cara amable, platicué con él algunas veces mientras Claudia y su mamá preparaban la comida.

Yo echaba pasión mientras mi amigo estaba en casa o paseándose por el mercado; él nunca dejó de cuidarme en el trabajo ni en donde anduviéramos, y seguía feliz por mi noviazgo... con la hija del puto policía que lo violó, y yo no estaba dispuesto a decírselo.

Un día entre semana fuimos a cenar los tres; los locales de Milpa Alta estaban relativamente vacíos. La plática era muy divertida. Jorge me tomó una foto con Claudia compartiendo un taco de longaniza, según él como en la película de los perros que había visto un par de días antes, nosotros nos prestamos a esa imagen tan ridícula.

Mientras más amena era la plática que teníamos, más molesto estaba conmigo mismo. Si Jorge saliera con la hija de un tipo que me hubiera violado, yo, mínimo intentaría ponerle una madriza a Jorge, y ya en el suelo lo escupiría por pinche hojaldra. Me molestaba que una chica tan hermosa, a la que amaba, fuera hija de un tipo así; pero lo que más me fastidiaba, era que no estaba dispuesto a decirle nada a mi amigo ni a dejar a Claudia ni a desquitarme con Andrés.

Terminamos de cenar y salimos de ahí; Jorge iba fumando. En la esquina donde nos debíamos separar para que yo fuera a dejar a Claudia, nos encontramos con mis suegros. Yo los reconocí de inmediato, Claudia lo hizo casi al mismo tiempo; Jorge iba unos pasos adelante por debajo de la acera, levantaba la cabeza para sacar el humo en forma de donitas.

Mis suegros me saludaron, Andrés como siempre (desde que Claudia me presentó como su novio), fue muy amable; Jorge volteó sin verlos bien. Claudia le dijo a sus papás que veníamos de cenar y al mismo tiempo señaló a Jorge, como para que supieran que los tres estábamos juntos; mis suegros voltearon, y por fin mi amigo reconoció a ese cabrón.

Andrés saludó a Jorge desde esa distancia, mi amigo se quedó inmóvil, noté que comenzó a respirar más rápido y puedo jurar que se echó un paso atrás; Claudia me dijo que me fuera con él, ella acompañaría a sus padres.

Me quedé pasmado un momento. Claudia se despidió dándome un beso en la mejilla, acto seguido le dijo adiós a Jorge moviendo su mano de un lado a otro. Andrés me extendió la mano y la estreché, mi suegra simplemente me dijo que después nos veríamos.

Yo no tenía cara para emparejarme con mi amigo, fue él quien caminó hacia mí. Me descontó, me lo merecía.

Como Claudia y sus padres todavía estaban cerca, recibí el madrazo de Jorge sin hacer show; todavía tuve la desfachatez de preguntarle por qué. Me volvió a pegar y ahora sí fui a dar al suelo, ahí me acomodó una patada que de inmediato adormeció mi brazo.

Le rogué que intentara calmarse, que por favor fuéramos a casa y le explicaría; no recuerdo bien mis palabras pero comenzó a caminar, yo iba un par de pasos atrás, en momentos a la par (las veces que estuve así, él me lanzaba patadas para que no estuviera a su lado).

Llegamos al patio de la casa de doña Ximena, Jorge pasó a los baños mientras yo abría la puerta de nuestro cuarto, me senté en la cama dispuesto a rogarle a mi amigo su perdón. Entró a la casa y se recostó en la cama, a un lado de mí, dándome la espalda; me levanté, me recosté en el suelo. Yo no sé Jorge, pero esa noche no dormí, y nunca escuché sus ronquidos.

En la mañana, vi cuando mi carnal se levantó, estuvo moviendo algunas cosas, yo seguí acostado en el piso como basura; no hubo necesidad de hacerme el dormido, él nunca se me acercó; yo suplicaba porque no se fuera de la casa por segunda vez. Salió del cuarto, pude ver que llevaba chanclas y sólo vestía una playera y un short, seguro que iba al baño.

Después de un par de horas mi amigo no volvía; me levanté y esperaba lo peor, no me sorprendería que Jorge hubiera tomado todo nuestro dinero para irse lejos; tal vez había salido vestido así para que yo no intentara hablarle; prendí un cigarro y anduve caminando dentro de la casa.

Salí al baño. Jorge platicaba con doña Ximena, estaban desayunando una guajolota con atole; pasé enfrente de ellos y no me atreví a saludarlos.

Esa vez no salí ni siquiera a comer, mi amigo se pasó toda la tarde con doña Ximena, llegó cuando estaba por oscurecer; tomó su toalla, una playera y las cosas para bañarse; aunque casi chocamos varias veces, no me miró a los ojos. Basura otra vez.

Salió del baño e hizo toda su rutina de los días de trabajo, excepto que ahora no me esperó. Mi amigo salió rumbo al putero.

Aunque me sentía una mierda de amigo, fui a trabajar. Llegué dos horas después de que Jorge salió de la casa, estaba decidido a aguantar la putiza que seguro me pondría después de que se echara sus alcoholes de siempre; es más, sólo fui a eso. Pero mi amigo cuando me vio llegar se metió al putero, cuando yo me metí a pedir algo de beber él se salió, cuando yo salí a cuidar la puerta, otra vez se metió.

Jorge salió del trabajo antes que yo, pasó a mi lado pero me ignoró; cuando llegué a casa ya estaba acostado con la luz apagada, fumando; no prendí la luz y otra vez me recosté en el suelo, pero ahora sin cobija. Al siguiente día comenzaban los festejos religiosos en el pueblo, así que no trabajaríamos casi una semana.

La mañana siguiente fue lo mismo con Jorge; además, no veía a mi novia desde aquella cena y ya me había mandado mensajes, primero de preocupación, después exigiéndome una explicación del por qué no la veía; había amenazado con ir a la casa y lo cumplió.

Claudia tocó a la puerta, Jorge abrió y la pasó; debo reiterar que hasta ese momento no me había dirigido la palabra.

Mi amigo la saludó como si no pasara nada, en ese instante doña Ximena le gritó, salió, me dejó a solas con Claudia. Inventé mil excusas del por qué no la había buscado, mentí como político.

Claudia me miró un segundo y enseguida me preguntó de qué estaba enfermo ahora, por qué esas ojeras y mi aspecto rendido; le dije que no sabía,

nos abrazamos un buen rato; aunque ella no lo vio, dejé unas lágrimas en su hombro.

Mi novia tuvo que irse, antes de llegar a la calle le gritó a Jorge, despidiéndose; mi amigo desde la puerta de la casa de doña Ximena hizo lo mismo con su mano, sonriéndole.

Esa tarde, por fin paré a Jorge cuando regresaba del baño, y le supliqué que habláramos; me estaban temblando las piernas, y no era por miedo a los putazos que Jorge podría meterme, de hecho una parte de mí quería que me madreara como lo merecía; él simplemente me dijo que no tenía de qué hablar, que todo estaba bien. Los dos sabíamos que eso era mentira; ya no insistí más.

En la noche fui a cenar con Claudia, y como era insoportable estar en casa con el desprecio de Jorge, traté de pasar la mayor cantidad de tiempo con mi novia, tal vez hasta que Jorge estuviera acostado, eso sería por ahí de las once de la noche.

Mientras estaba con ella, intenté justificar la traición a mi amigo, diciéndome que lo único que había hecho era enamorarme de la chica más linda de Milpa Alta; pero pensándolo mejor, entendí que lo que le hice a Jorge no tenía perdón. Besaba a mi novia con culpa.

Cené con Claudia; después estuvimos en la explanada de la delegación, abrazados, besándonos, recostados, turnándonos para apoyar la cabeza en las piernas del otro y, por fin me pidió que la llevara a casa. Cuando llegamos a su puerta, estuve un rato más abrazado de ella y recargados en el coche de Andrés.

Milpa Alta es como un pueblo, a las diez de la noche ya no había tanto movimiento en la calle; recuerdo que eran las diez y media de la noche cuando Claudia me dijo que era hora de despedirnos, le di un beso de buenas noches, y después otro, y ella me dio uno más. Andrés se asomó a la puerta para hacerle ver a Claudia que ya era tarde (así avisaba su papá que nos quedaba el tiempo justo para despedirnos sin que la regañara y la obligara a meterse). Claudia le dijo a su papá que en un minuto estaría en casa, Andrés se despidió de mí.

Jorge salió por detrás de un coche, el primero que lo vio fue Andrés; lo sé porque al ver su cara de sorpresa yo voltee a mi izquierda, Claudia lo hizo al mismo tiempo. Mi amigo nos rebasó, se puso en frente de mi suegro, quien tenía medio cuerpo dentro de su casa y sostenía la puerta con su brazo derecho.

Andrés no dijo una palabra, mi amigo le disparó a quemarropa seis veces; el primer impacto fue en el ojo derecho de Andrés, el segundo fue en la frente; Claudia dio un grito espantoso, no sé si la sostuve para que Jorge no le diera un balazo también, o la sostuve para protegerme de la furia de mi amigo. Andrés hizo el intento de meterse a su casa, pero no pudo dar ni un paso; el tercer balazo Jorge se lo dio detrás de la oreja derecha, el cuarto se lo dio en la espalda; Andrés ya estaba tirado boca abajo y Jorge le dio el quinto y sexto balazo a la altura del cuello.

Claudia gritaba con sus manos en la boca y aún así sus gritos parecían más fuertes que las detonaciones; quiso acercarse a su papá pero yo la seguí sosteniendo. Jorge me miró y se echó a correr.

Claudia por fin logró librarse de mí y se apresuró a arrodillarse donde estaba su papá. Yo salí a toda velocidad detrás de Jorge.

En plena carrera pude escuchar los gritos de mi novia a varios metros de distancia, cuando doblamos en la esquina más próxima aún la escuchaba. Yo no pensaba en nada, sólo seguí a Jorge; la maldita adrenalina que traíamos nos hizo olvidar nuestros pulmones de fumador, recorrimos unas diez cuadras en menos de cinco minutos.

En Milpa Alta hay calles muy angostas, donde el ancho de las aceras no pasa de un metro y en sólo dos carriles se tienen que mover los autos; sin darme cuenta, Jorge paró su carrera y me jaló hacia un portón azul marino que estaba emparejado; yo lo seguí, inconsciente de todo de lo que pasaba; sólo recordaba a mi novia acercándose a su papá.

—¡No mames Jorge! ¡¿Qué hiciste, cabrón?! —Le dije mientras lo jaloneaba.

—¡¿Qué hice yo?! ¡¿Yo?! Hijo de la chingada! ¡¿Qué hiciste tú?! ¡Tú y tu puto amiguito de mierda! —Me quitó el brazo de su hombro y abrió la puerta.

Índice

Introducción.....	7
Contexto de la novela picaresca.....	11
Características del personaje pícaro y la comparación de éste con mi proyecto creativo.....	17
El lenguaje de los pícaros.....	31
Los escenarios en la picaresca y la comparación con mi trabajo creativo.....	35
Conclusiones.....	39
Bibliografía primaria.....	41
Bibliografía.....	42
Fragmento de la novela <i>Jorge Espadas</i>	45

